

MuHar
MUSEO DE HISTORIA DEL ARTE



Viviendo bajo la Cruz del Sur

INTENDENCIA DE MONTEVIDEO

Intendenta de Montevideo

Ana Olivera

Secretario General de la Intendencia

Ricardo Prato

Director Gral. Departamento de Cultura

Hector Guido

Directora de la División Artes y Ciencias

Ana Knobel

DIRECCIÓN NACIONAL DE IMPRESIONES Y PUBLICACIONES OFICIALES

Director General

Gonzalo Reboledo

COORDINACIÓN GENERAL

Gustavo Ferrari

Investigación y textos

Ana Bello

Diseño gráfico

Cristina Franco

Ilustraciones y portada

Miguel Rey

Corrección de estilo

Federico Leis

Lo primero: este libro me encantó
Lo segundo: Me llena de preguntas.

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué nos hace humanos? ¿Cuáles son nuestras verdaderas riquezas? ¿Qué es ser uruguayo o uruguayo? ¿A dónde queremos ir?
Recorrer las páginas de este libro nos induce a pensar y a imaginar el pasado de la gente en estas tierras, y a compararlo con cómo vivimos ahora y con cómo podemos llegar a vivir en el futuro.
¿Habrá sido realmente así? ¿En qué nos parecemos? ¿En qué somos diferentes?
¿Cuánto de lo que somos hoy guarda lo que ellos fueron antes? ¿Cuánto de lo que somos hoy se conservará en el futuro? ¿Qué de lo que hacemos hoy asegurará un futuro mejor para todos?
Está hecho con evidente cariño y preocupación por alentar la curiosidad, la fantasía, la capacidad de pensar - todas herramientas indispensables para crecer mejor, como personas y como sociedades - y para hacer del museo una plataforma más potente y disfrutable en la tarea de promover ese desafío colectivo de crecimiento y construcción que compartimos los seres humanos.
Más allá de los aciertos en las aproximaciones a la reconstrucción de lo que podríamos llamar verdad histórica - en realidad no hay verdades históricas, hay interpretaciones, hay certezas provisorias que deben estar siempre abiertas a su reconsideración y mejora, e incluso a su total sustitución - lo importante es que presenta la información disponible y deja planteadas las preguntas y la duda creadora.
Ojalá su lectura les aliente y desafíe a investigar, a pensar, a buscar más, a encontrarse con otros en esa búsqueda y a inventar juntos un futuro mejor para todos, en los múltiples lugares y a través de las múltiples actividades que compartimos las personas.
Les deseo que - como yo - disfruten mucho de este viaje.

Ana Olivera
Intendenta de Montevideo

Las cosas y sus significados

Quizá al leer esto ya hayas recorrido el MuHAR, si es así seguro sentirás ganas de volver, si nunca fuiste esta lectura te ayudará a descubrir historias que no todos podemos escuchar.

Descubrimos que las cosas, los objetos, las reproducciones tienen significado y si nos dejamos llevar hasta podemos descubrir que adquieren vida.

Este libro es una provocación que nos lleva a un viaje al pasado, a nuestro pasado de una forma muy entretenida. Posee una magia que da vida a los objetos expuestos en los salones del MuHAR: así que cada piedra, cada punta de lanza, cada utensilio forma parte de la narración y pasa de ser un objeto a convertirse en el protagonista de una historia.

“Viviendo bajo la Cruz del Sur” es la invitación a un viaje a un lugar que conocemos pero que nunca antes miramos de esta manera, como un desafío a vernos formando parte de una historia que no nos habían contado.

Desde IMPO y en conjunto con la IM te invitamos a dar una mirada por lo que somos, a acompañarnos en esta incursión a la historia y a dejarnos llevar por el relato hasta que la magia se realice y que los objetos definitivamente cobren vida.

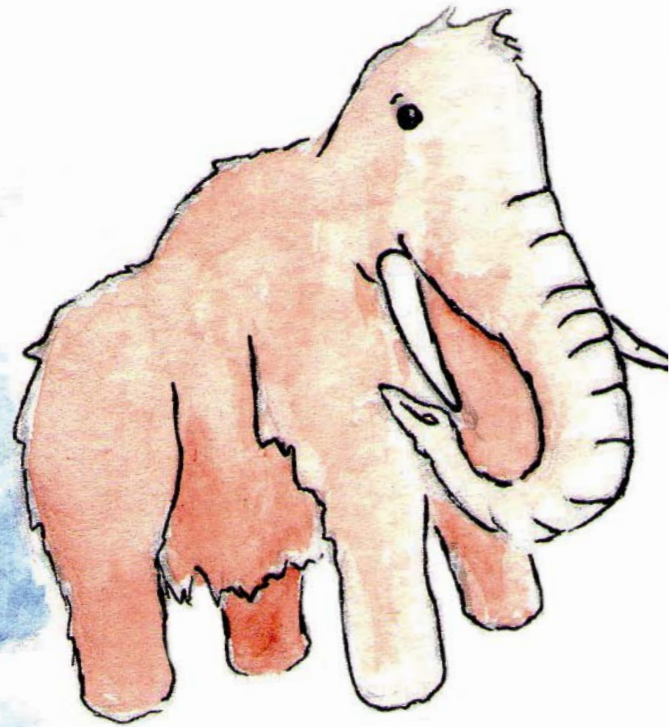
Gonzalo Reboledo
Director General de IMPO



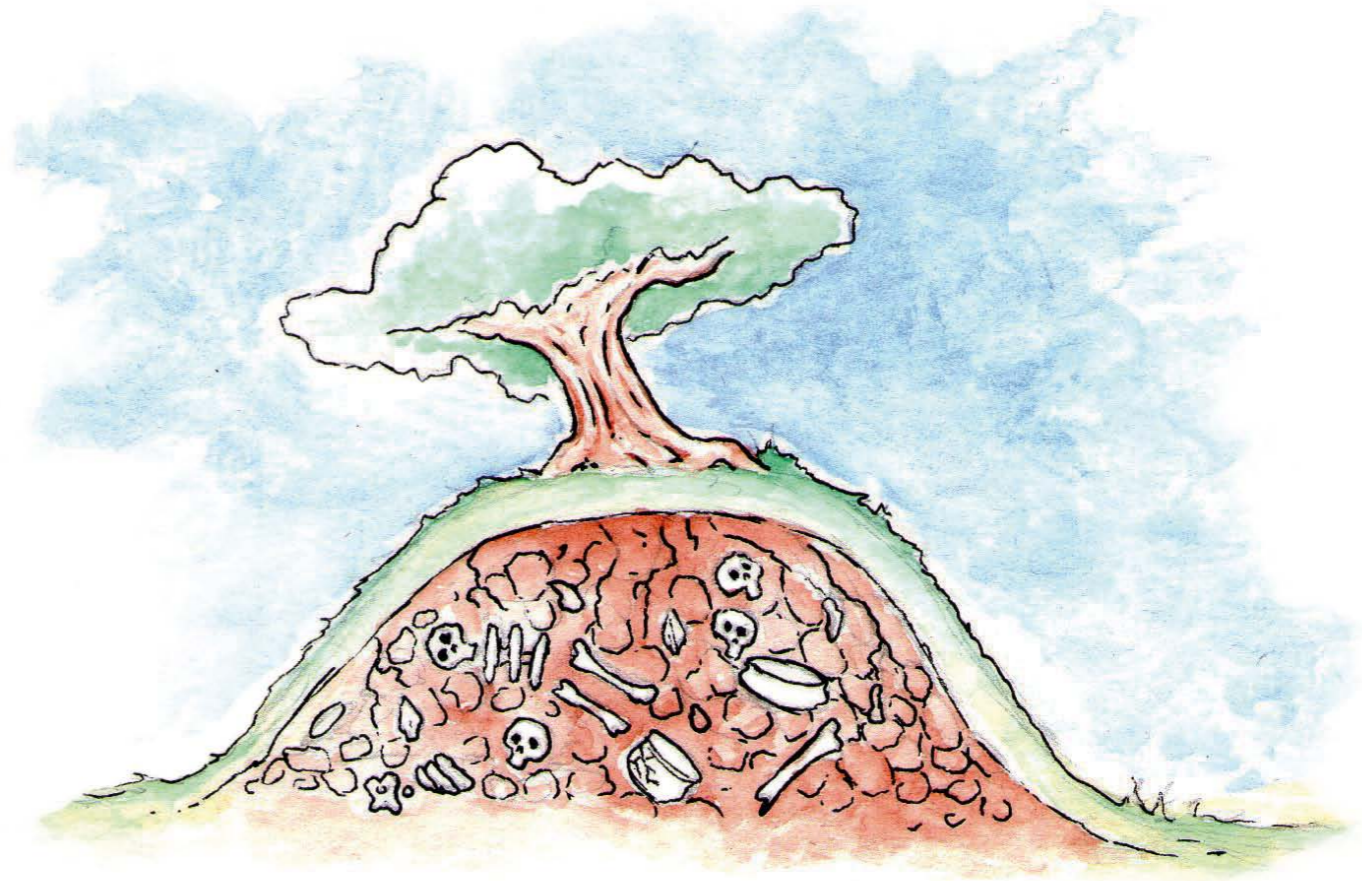
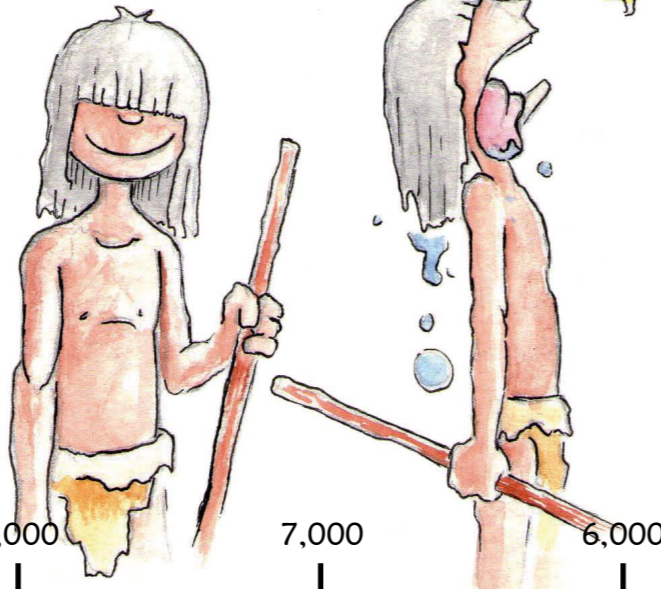
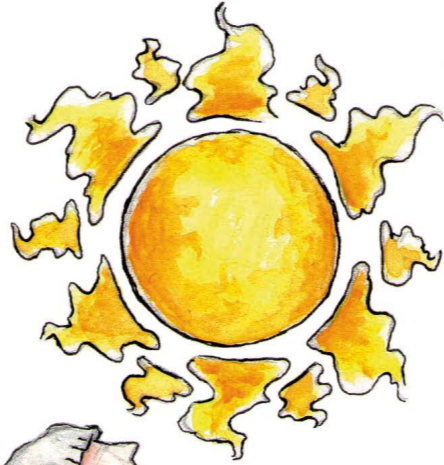
ÍNDICE

SÓLO PARA CURIOSOS	15
LA LLEGADA	19
LA CERÁMICA ES UN ARTE DEL MANEJO DEL FUEGO	27
TRABAJAR LA PIEDRA NO ES FÁCIL	33
CURTIDORES EXPERTOS	37
UNA MULTITUD DE VECINOS DIFERENTES	43
CANOAS Y CANOEROS DE AGUA DULCE	49
UN FESTIVAL DE ESTRELLAS	55
RUDECINDA, UNA INDÍGENA MISIONERA	63
MÁS DE 12.000 AÑOS DE PREHISTORIA	78

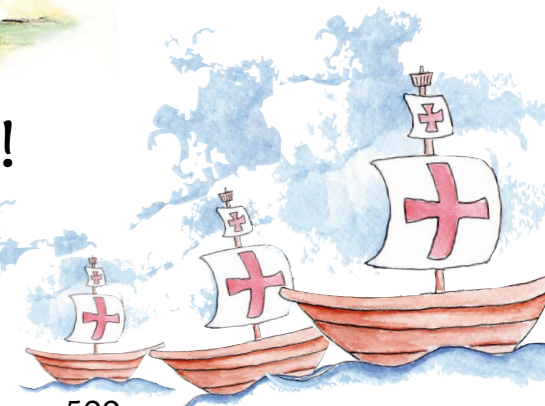
¡Qué frío!



¡Caloooooor!



¡Al fin un clima templado!



12,000

9,000

8,000

7,000

6,000

4,000

3,000

2,000

1,000

500

Llegan pobladores...
¡suceden tantas cosas!...

Extinción megafauna

“Cerritos de indios”

Cerámica

Cultivos
Maiz, zapallo y porotos.

Llegan los europeos...
¡suceden tantas cosas!...

SÓLO PARA CURIOSOS

Viajar al pasado es una aventura alucinante. Los museos son pistas de despegue. Allí nacen cuentos e historias que se escapan volando contra el tiempo para hablar de sus cosas sólo a los visitantes curiosos.

Estos cuentos nacieron en el MuHAr. Allí se conservan muchos objetos maravillosos hechos por personas “desconocidas” y que, hace mucho tiempo, están muertas. Al recorrer el museo, puedes conocer las pequeñas esculturas de piedra que tallaban los antiquísimos pueblos que vivían en grandes cavernas en Europa. Ver cara a cara a una momia egipcia. Enfrentarte con fragmentos de arcilla de Mesopotamia con trazos de escritura cuneiforme. O caminar entre maravillosas obras de arte de Persia, Grecia y Roma que te fascinarán con su belleza.

En el subsuelo del museo se despliega el enigmático pasado americano. Muchos rostros de dioses te vigilan al pasar. Al fondo, una vitrina guarda objetos de piedra y barro, hechos por los antiguos pobladores de nuestro país. Desde ella escaparon estas historias aprovechando la noche.

Los cuentos nacen cuando los arqueólogos excavan con su pala el suelo, o cuando los antropólogos comparan las culturas desaparecidas con los pueblos que visitan, y también, de una libreta de notas tomadas al escuchar o leer los mitos y leyendas que se cuentan en la región. La imaginación es la guía de este relato. Las palabras escapadas de esa vitrina encontraron en estas páginas un lugar protegido para ellas del viento y la humedad. La intemperie las destruye porque están muy deterioradas. Se fueron acomodando hoja por hoja y hoy llegan hasta ti en esta edición.

La prehistoria del territorio llamado hoy Uruguay debe contarse otra vez. Los textos conservan la imagen de mujeres y hombres que los cronistas europeos conocieron como sobrevivientes de los pueblos originarios, en su peor momento. Los encontraron afectados mortalmente por haber sufrido graves y nuevas enfermedades, cuyos virus y bacterias (llegados también en los barcos), mataron masivamente a sus familias y vecinos; por la cacería de esclavos, por las guerras de exterminio y por la introducción del ganado y los caballos que cambiaron irreversiblemente sus hábitos, costumbres y organización social, así como el tiempo y las distancias. Perdidos y desorientados, lejos de las aldeas que los vieron nacer, pasaron a ser un triste retrato distorsionado de sí mismos, atrapado entre tinta y papel de los cronistas.

Estos cuentos fantasean en base a muchas investigaciones de arqueólogos, antropólogos, naturalistas y recolectores de mitos y leyendas. Tienen la osadía de caminar en la niebla o de navegar en un bote sin remos, buscando las huellas de los llamados “indios”; los pueblos aborígenes, que durante más de 12.000 años vivieron aquí. Se escapan de las vitrinas del museo para hablarnos de las personas que realizaron los objetos que allí se exponen. Se suman desenfadados y libres, porque así son los cuentos, al coro creciente de voces de estudiosos y creyentes que buscan en cada vestigio enterrado, la carnosa y palpitante mano que los creó.

Si dejas este libro abierto en la oscuridad y quieres lograr verlo, ya que querer es importante, saldrá de sus páginas la tenue luz polvorienta de una fogata que alumbra casas y sembradíos, y a unos fantasmas que danzan y cantan en honor a sus dioses viviendo bajo la Cruz del Sur. Son ellos.





LA LLEGADA

De todos los sucesos posibles, que seguramente ocurrieron hace más de doce mil años, este cuento relata uno: el primer día en el cual el suelo del que hoy es nuestro país, fue pisado y habitado por personas.

Era una mañana fría y el cielo totalmente despejado parecía un cristal azul. Ningún ser humano había llegado tan al sur por el oriente del continente americano. Una banda de cazadores-recolectores explora territorios desconocidos.

Los hombres avanzan alertas con sus lanzas. Atentos a cualquier movimiento en los pastizales amarillentos, protegiendo a los más ancianos, a las mujeres que cargan los bultos con el ajuar familiar y a los niños más pequeños.

Atravesan barrancas y grietas resbalosas que se hunden al fondo en ese delgado hilo de agua que hoy es el caudaloso Río Cuareim. Dos mujeres toman cuidadosamente de los brazos a una joven embarazada que tantea desconfiada con sus pies enfundados en pieles, buscando el suelo firme, para evitar caer sentada en el agua helada.

Desde una parihuela cargada por los muchachos y entre abrigadas pieles, un anciano, al que la artritis le impedía ir de cacería, daba órdenes y rezongaba a todos por algo. Tal vez ya estuviera impaciente, hacía horas que caminaban.

Tenían por costumbre permanecer pocos días en un campamento. Agrupados por lazos de sangre y alianzas matrimoniales, constituían una sociedad de unas pocas decenas de personas. Su vida es una búsqueda eterna de otro lugar, empujados por el sueño de hallar cada día algo nuevo bajo el sol. Su camino, lo orienta una compleja red de relacionamientos con las estrellas, los puntos cardinales, sus vecinos humanos, las plantas, los animales y el tiempo. Sus ancestros así lo habían hecho, y ellos continuaban recorriendo curiosos cada rincón de este hermoso suelo americano.

Desde lejos reconocían por el humo de las fogatas la presencia de vecinos instalados en sus respectivos campamentos. A veces acudían al encuentro y otras veces optaban por desviar su ruta según los designios del paisaje, los rebaños y la afinidad con ellos. El horizonte abierto es un abanico de opciones, invita a la búsqueda de un paraíso terrenal que siempre está más allá.

Los jóvenes solteros alentaban a acudir al encuentro, con la ilusión de conseguir su pareja anhelada. Si eso ocurre, un delicioso festín sella el matrimonio como signo de amistad y alianza de esas familias entonces emparentadas.

El viaje se reiniciaba para ambos grupos. La separación era difícil, la joven debía permanecer entre desconocidos junto a su esposo. Seguramente se reencontraría con los suyos más allá, siguiendo la ruta que marca imperturbable la Cruz del Sur. Lágrimas, consejos, abrazos y esperanza, la misma esperanza que es el motor humano desde el comienzo de los tiempos.

No nos pongamos tristes, volvamos a la historia.

Estas personas poseían la enorme sabiduría de moverse en el aire, como flotando sobre estas tierras frías como sólo la tienen los pueblos crecidos en la intemperie, construyendo vida con sus manos, empujados por el viento y calentados cada amanecer por el tibio sol venerado.

Junto a un afloramiento rocoso y al abrigo del viento encontraron por fin el lugar ideal para acampar. Piden permiso a la Tierra y a sus habitantes, perfuman con resinas el fuego del centro del campamento como ofrenda amistosa y suplicante. Esa fogata sagrada la enciende solemnemente el abuelo, aunque le costaba mucho agacharse. Traía consigo un bastoncito muy duro, que era uno de sus tesoros máspreciado. Un palito lustroso de tanto girar en sus manos callosas que, sobre una madera blanda, contagiaba su calor a las hojas, líquenes y musgos secos que el anciano arimaba. Lentamente, apareció un pequeño humito que pronto se elevó. Surgió entonces el fuego. Los presagios eran buenos, el chisporroteo jubiloso hacía a todos reír, seguros de ser bien recibidos por los espíritus del lugar.

Las mujeres quedaban a cargo de armar los toldos. Los hombres con sus lanzas terminadas con finísimas puntas de piedra semejantes a peces, salieron de caza. Los niños juntaban enormes pilas de arbustos para comenzar los fogones en espera de la carne para asar, y la ceniza para cocinar al rescoldo los frutos, raíces y huevos que recogieron en el camino. El abuelo, bien arropado y bajo techo, observaba sonriente el ajetreo, y, al no poder con su condición, repartió las órdenes y opiniones que nadie le pedía.

La caza abundaba. Los matorrales con pequeños frutos y nutritivas hojas, raíces bulbosas y plantas con propiedades medicinales, estaban al alcance de la mano. La escasez de leña obligaba a recurrir a la bosta seca de los rebaños de grandes animales con los que compartían su destino, ya que las montañas de ramitas acumuladas eran devoradas por el fuego en pocos minutos.

Los cazadores en grupo fueron tras una buena presa. La visibilidad era extraordinaria porque el aire en ese seco clima no tenía vapores húmedos que opacaran su gélida transparencia. En la lejanía pastaba un rebaño de perezosos gigantes hacia el que se encaminaron.

Aquellos grandes animales no conocían a este nuevo predador humano y no le prestaron atención, ocupados como estaban en detectar a tiempo las arremetidas del tigre “diente de sable”, su más temido enemigo. Ese desconocimiento y la sorpresa, permitían a los cazadores obtener rápidamente presas, rodeándolas con sus lanzas afiladas.

Cuando los animales eran muy pesados, los destazaban en el lugar que caían, los cazadores empacaban sólo las piezas más carnosas y apreciadas en sus bolsos. Había especies de más de tres mil quilos de carne. El resto queda para otros mamíferos carnívoros y para las chillonas aves carroñeras que olfateaban desde lejos la comida.

Al despellejar al animal, si la calidad de su piel era buena, efectuaban una primera limpieza y selección en el sitio, para luego desgrasarla. Al llegar al campamento, con el fardo, las mujeres se encargaban de curtirla.

Con la facilidad que proporciona la habilidad y la experiencia para transformar la piedra, no era necesario cargar con pesadas herramientas. Allí mismo, cerca del animal caído, con la ayuda de un pedazo de cuero a modo de guante, tomaban una piedra a la que, con el certero golpe de un canto rodado, le desprendían fragmentos. Esas lascas planas y largas, eran luego retocadas con finos golpes que las convertían en artefactos útiles para cortar y raspar.

Los cazadores volvieron al campamento comentando con mucho entusiasmo las bondades de la piedra del lugar; pocas veces se encontraban sobre un suelo tan rico en materiales finísimos para construir sus herramientas.

Han pasado su vida y las de sus antepasados aprendiendo a convivir con la fabulosa fauna de la Edad del Hielo. El abuelo detectaba desde lejos las grandes cuevas habitadas por los armadillos gigantes, reconocía por su bamboleo al caminar y por la forma de su coraza a cada género de gliptodonte, identificaba las

pasturas preferidas de los mastodontes de enormes comillos, distinguía las huellas de los pesados toxodontes, había visto rebaños de llamas gigantes y de pequeños caballos cabezones.

El anciano poseía una bolsa de tesoros tallados en huesos, placas de caparzones, dientes y defensas de marfil. Amuletos, adornos corporales, reliquias sagradas, regalos recibidos, recuerdos, y los implementos para encender el fuego. Al morir la depositarían junto a su cuerpo.

También hablaba del mar, lo conocía sólo por relatos y quería llegar a verlo. Sus orillas eran muy lejanas. Anhelaba agregar a su bolsita unos caracoles de puro nácar, como los que tenía su padre, y también los dientes afilados de un tiburón.

La sabiduría del abuelo era orientarse en la distancia de las enormes praderas. Conocía sus rumbos por el paso de bandadas de aves, a las que desde hacía unos días, se sumaban otras desconocidas que suponía, por lo que había escuchado, que sólo anidaban cerca del rugir de las olas. Notaba el cambio de los vientos, a medida que avanzaban en dirección al sur, traían una cierta bruma salada que envolvían la serranía con un exótico perfume desconocido.

El campamento se movilizó al acercarse el atardecer. Las mujeres se apresuraban a cortar tiras de ese mullido pellejo recién llegado, para renovar el calzado de los niños. Incansables en sus juegos y correrías, siempre a la vista de sus padres por temor a los tigres acechantes. Los pequeños gastaban rápidamente la mullida envoltura con forma de bota y bien amarrada, que protegía y abrigaba sus pies embadurnados por el sebo, como el resto del cuerpo, con el que sus madres protegían amorosamente su piel nuevecita.

Perforando los bordes y uniendo con tientos, fibras vegetales o tendones, la joven embarazada preparaba con pieles bien curtidas y ablandadas, que había reservado,

el ajuar para el hijo que esperaba. Ya no ayudaba en la interminable recolección de ramitas y bejucos para el fuego, el tamaño de su barriga le impedía inclinarse. Allí, cosiendo, sentada junto al fuego, sintió en su cuerpo los anuncios del nacimiento. Las mujeres se agruparon en la espera del parto, en lo que eran expertas. El nuevo padre, a lo lejos, esperaba emocionado alimentando un buen fuego para iluminar y entibiar el mundo al que su hijo se asomaría.

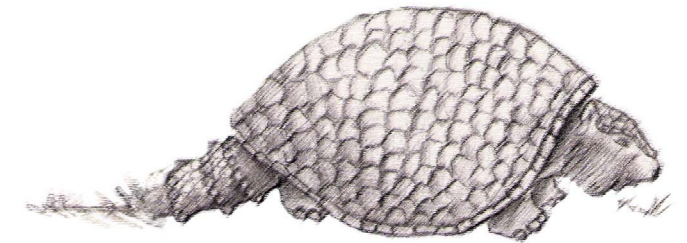
Bajo un cielo estrellado y con la luna en el cenit, señal de buen augurio, nació una niña que, vivaz y llorona, cambiaría para siempre la naturaleza de este territorio. Por primera vez, su padre enterró el cordón umbilical y la placenta como ofrenda a este suelo, humanizándolo.

Nadie adivinó que algo notable había ocurrido en ese mundo sin fronteras.

El abuelo se durmió confortado por la tibieza de las pieles. Los niños hacía mucho rato que soñaban con las aventuras del día próximo. Un grupo de hombres charlaba animadamente sobre las hermosas piedras encontradas. Las mujeres bañaban su rostro con la luz de la luna inmensa. La nueva madre inexperta trataba de amamantar con paciencia a su hija. Los tigres “diente de sable” observaban rugiendo desconcertados y atentos, desde lejos, a esta desconocida manada que no temía al fuego.

Este suelo nunca volvió a ser el mismo a partir de ese día, al final de la última Edad de Hielo.

Luego de incontables jornadas de marcha el abuelo logró conocer el mar. Admiró las olas espumosas. Alcanzó a juntar sus caracoles y a enhebrar los dientes de tiburón en un lindo collar. Al morir, todo ello fue colocado en su bolsa de tesoros y enterrado junto a él.





LA CERÁMICA ES UN ARTE DEL MANEJO DEL FUEGO

El suelo uruguayo está tapizado de fragmentos de cerámica aborigen. En las orillas del Río Uruguay y sus afluentes se hallaron las más elaboradas. Piezas de hasta 3.000 años de antigüedad dan testimonio de una antigua tradición alfarera.

Un joven indígena saltaba para calentar sus pies que se enfriaron al tocar la corriente del río. Traía cacharros para enjuagar. Al elevarlos chorreantes hacia la luz, se quedó pensativo, contemplándolos.

Mientras la vajilla se secaba al sol, su precisa geometría se dibujó sobre el suelo arenoso de la orilla; cuencos y tazones que parecían nidos arrancados de las ramas por el viento y ollas cavernosas lamidas por el fuego. Mientras tanto, un enjambre de imágenes acude a su memoria.

Recordó a su padre desenredando la maraña de árboles y arbustos del monte, para encontrar, entre las hojas, esas ramas duras y secas capaces de hacer buena brasa para hornear la cerámica con un calor intenso y duradero. Desgajadas con la pesada hacha de piedra, va aumentando la pila de leña de la que se escapan presurosos saltamontes, sapitos y hormigas, en busca de un nuevo refugio. Es cuando empieza el trabajo de hacer atados prolijos amarrados con fajas hechas

con tendones y cueros. Carga y descarga les espera, dejando atrás un revoloteo de pájaros y mariposas inquietas, cuando las sombras ya demasiado largas, anuncian la noche y los murciélagos se desperezan.

Curioso como era el muchacho recuerda que siempre quiso acompañar a su madre y a sus tías con un racimo de niñas alrededor, alejándose cada primavera entre risas. Llevaban fardos con pieles para dormir fuera del caserío y bolsas de cuero para el acarreo de la arcilla. Iban a buscarla a una lejana barranca escondida, que la bisabuela conoció acompañando a la suya, y que sólo las mujeres de la familia podían ubicar.

Esa era una arcilla de tal calidad que lograba piezas tersas y duraderas, resistentes al ojo experto y crítico de las mujeres, así como al maltrato del uso cotidiano. Era difícil de encontrar. El conocimiento acerca de la ubicación de los yacimientos era una riqueza colectiva y la tutela del secreto para hallarla, una enorme responsabilidad.

El retorno del viaje de las mujeres se convertía en una fiesta. Luego de depositar la arcilla a salvo de la lluvia, se abrían los atados con los hallazgos del camino. Piedras y caracoles deslumbrantes para joyería, extraños fragmentos de objetos fabricados por desconocidos pueblos antiguos, trozos de panales desbordantes de miel, frutas escasas en los alrededores y semillas para la huerta. El pelo transformado en un exquisito tocado hecho de un enredo de plumas y flores, que era la forma adecuada de transportar esa frágil carga sin arruinar su tersura en el viaje. Pero, sobre todo, resulta inolvidable la catarata de cuentos e historias que, entre las miradas cómplices de las viajeras, coloreaban como una exótica aventura a esa periódica salida femenina.

Los trabajos de alfarería esperaban, para comenzar, las indicaciones de los ancianos expertos en asuntos de nubes, viento, luna, y dolores de huesos. Era necesario prever que no lloviera pronto para que la leña bien seca pudiera

arder tenazmente. Se necesitaban también varios días de sol para que las piezas se secaran al darles forma y también, luego de cocidas, se enfriaran sin resquebrajarse recibiendo sus rayos tibios.

El día escogido para amasar la pasta era de gran actividad. Junto a la orilla del agua y arrodilladas muy atentas, las hermanas miraban a su madre escurrir entre sus dedos finas arenas o el polvo obtenido al moler piedra de cuarzo. Las proporciones y la clase de material las dictaba su sabiduría, y se ajustaban al sobar la masa. “Un poco más de tiestos molidos... algunas fibras de caraguatá... tal vez un puñado de caracoles triturados...” Cuando encontraban la masa en su punto, todas ayudaban a fabricar rodetes que luego, uno sobre otro, iban logrando la forma buscada. Antes de perder la humedad, con infinito cuidado, se alisaban esos rodetes con estecas de piedra porosa, o con una espátula de madera o de hueso. Así nacía una tersa superficie que, al ser bañada con una capa de arcilla muy diluida, perdía todos sus poros.

La madre del joven, al igual que la abuela y las tías, decoraba las vasijas con manojos de líneas quebradas. Su mano experta hundía suavemente el punzón sobre la superficie lisa y húmeda de las ollas y los cuencos antes de cocerse, diseñando ese zigzag rítmico familiar inconfundible. Esa decoración era como el sello de su familia.

El joven piensa que en ese río que hoy enfría sus pies, muchos otros jóvenes como él lavaron vajillas lisas y otras decoradas de mil formas. Diseños modelados con líneas quebradas o curvas, puntos aislados, puntos unidos por el leve arrastre del punzón, oleadas superficies logradas con las uñas, o pellizcando con la yema de los dedos. Otros pintados como los que hacían los guaraníes en tonos rojos, blancos y negros. Era escasa la vajilla que lucía siluetas de animales o personas, los diseños geométricos eran más apreciados.

Recipientes globulares como una gran burbuja de barro, recipientes de mil usos, eran usados diariamente. También, unos hermosos y extraños objetos semejantes a campanas que cubrirían, tal vez, sustancias u objetos poderosos y sagrados, capaces de transformar a los hombres en dioses.

Melancólico por sus pensamientos, recuerda también la bolsita prohibida, colgada, siempre a mano y fuera del alcance de los niños, en la que sus padres guardaban muchos instrumentos de hueso y de asta de ciervos muy pulidos y endurecidos en el fuego. Los punzones necesarios para este trabajo estaban junto a las agujas, anzuelos, perforadores, espátulas y puntas para las armas. Jamás se atrevió a tocarla. Ahora ya tiene la suya.

Noches inolvidables fueron las de cocción. El horno a cielo abierto en la oscuridad le hacía pensar que era un hueco iluminado en el suelo que daba paso al inframundo. Todos dormían como nunca porque el rojizo resplandor de la brasa, ahuyentaba al “yaguareté” o jaguar como lo nombraban los guaraníes. Alejaba al audaz “mano pelada”, a las comadreas y a todo el bicherío nocturno que se acercaba a la aldea a escarbar la basura en busca de comida. Él permanecía largas horas despierto imaginando aventuras si se escabullía por ese portal ardiente al centro mismo del mundo. Es lo que tiene la noche de atractivo, de día, era sólo un hueco con brasas. En esos hornos la cerámica toma un color beige anaranjado. Si la cocción se realiza tapando el fuego con ramas verdes, entonces la vajilla se colorea de un gris-negrusco.

Vienen desde su memoria las huesudas y embarradas manos expertas de su abuela que giran, luego de cocidos, las piezas, varias veces al día. Luego, la ayudaba a cubrirlos por si llovía. La autoridad de la anciana y su mirada alerta mantenía a distancia a los niños pequeños y a los perros que, en un segundo, podían convertir tanto trabajo en un montón de añicos.

El joven muchacho recogió la vajilla seca y volvió a su casa en la aldea pensando en comer, el recordar su niñez le daba mucha hambre.





TRABAJAR LA PIEDRA NO ES FÁCIL

Cada vez que bajan las aguas de ríos y arroyos se encuentran muchas piezas o fragmentos de herramientas de piedra hechas por los indígenas. Una vez más el Río Uruguay inundó a los pueblos orilleros. Hoy como ayer, las personas deben alejarse rápidamente y al hacerlo, muchas de sus pertenencias se pierden.

El gran río salió de su cauce e inundó el monte y, desbordándolo, obliga a cambiar las aldeas de lugar. Un tropel de agua de lluvia se agolpa en las cuchillas y se escurre por los cauces tallando en el suelo sus caminos descendentes al mar. La mudanza se hace urgente, al partir de prisa, muchos objetos quedan perdidos en el suelo, el agua los lame y esconde al avanzar. Son herramientas y adornos de madera, hueso y piedra preciosamente tallados. Es penoso, no todo puede reponerse: piedras traídas desde lejos, piezas tomadas como botín de guerra, regalos que sellaron alianzas, punzones de hueso de un jaguar que mucho costó cazar.

Un tallador de piedra comienza a aprender su oficio desde niño. Golpeándose los dedos mientras practica, podrá luego ser experto como su abuelo. Junto al yunque de piedra dura y plana, rodeado de lasquitas y esquirlas inútiles, el joven escucha historias de fabulosos yacimientos de piedra. Afina su mirada para diferenciar y evaluar cada una de las que el río trae rodada desde las sierras del norte, para así obtener duros percutores y cinceles.

Un buen núcleo no se desperdicia y puede ser usado al máximo por manos expertas. Puesto sobre el yunque requiere de un golpe preciso y de fuerza regulada. Ese golpe certero debe ser aplicado en el punto justo para que la fuerza se propague produciendo lascas, láminas u hojas de piedra. Son muy necesarias. Tanto como para obtener los filos sutiles capaces de cortar un cabello, o tan resistentes como para desgajar un árbol.

El padre experimentado usaba cada núcleo hasta agotarlo, dejándolo abandonado como un pequeño poliedro incapaz de rendir más cortes. Le daba forma al artefacto y confiaba al abuelo los retoques que le otorgaban calidad y filo. Los hombres lo rodeaban admirando su aguda experiencia, necesaria para que las puntas de los proyectiles queden bien balanceadas.

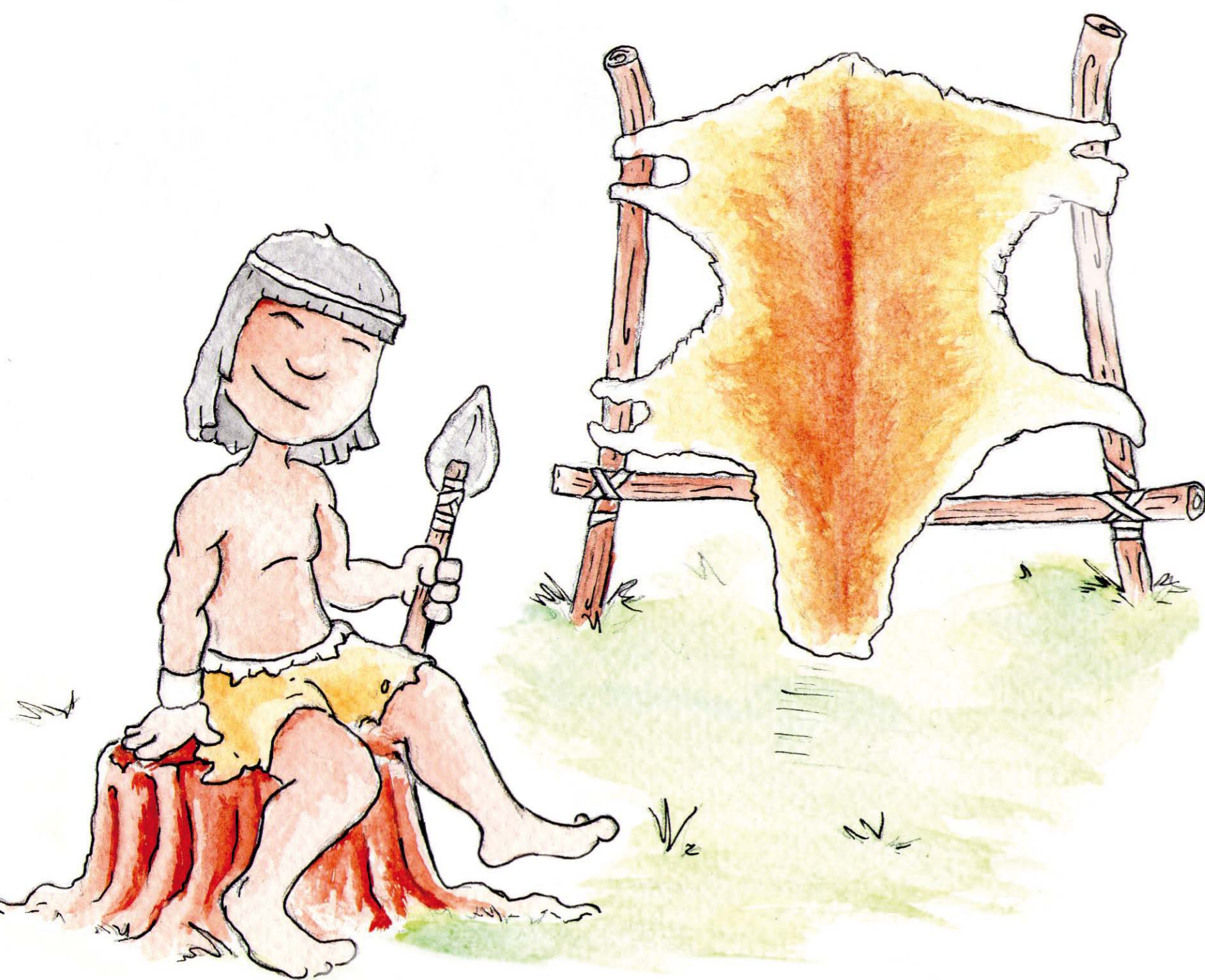
La musculosa mano del abuelo indicaba la fuerza que había desarrollado en ella con su oficio. Pulir la piedra no era de su gusto. Su hijo lo hacía. La espalda le brillaba de sudor por el esfuerzo. Observaba los trabajos para dar forma a las boleadoras, rompecabezas o los instrumentos de molienda: manos y morteros. El pulido se hacía en la orilla del agua, frotando con cueros y arena húmeda la piedra porosa y maleable. Obtenían objetos cóncavos y esferas. Los surcos de las boleadoras requerían de un cuidadoso golpeteo, para no partirla, y extraer los granos de la piedra.

Los pulidores más habilidosos se encargan de las piezas para el culto religioso. Las pequeñas piedras grabadas con el picado escalonado y zigzagueante de la superficie, parecían réplicas transportables de los grandes trabajos de grabado que picotean sobre los afloramientos rocosos del entorno. Así la aldea integra un territorio sagrado, a medio camino entre el suelo y las estrellas. Estas creaciones plásticas eran supervisadas en todos los pasos de su realización por los más ancianos y expertos lapidarios. Cada golpe, un trazo. Cada trazo, un sentido trascendente.

Mientras pulen y trsbajan en grupo, comentan acerca de los cuencos de piedra con formas de pájaros, peces, animales marinos y terrestres, alguno con forma humana, cargados por un pueblo marinero que viene desde lejos, y que ellos ven pasar. No los imitan, son piezas sagradas para el culto de otros dioses.

Al bajar las aguas de la inundación ya no volvieron a construir la aldea en este monte. Todo cambió. La ausencia de gente creó un paraíso para los gatos monteses o *mbaracaya*. Los carpinchos tuvieron muchas crías. Las hormigas disminuyeron porque un extraño oso de largo hocico se mudó aquí. La arboleda se pobló de luces nocturnas a falta del resplandor de las fogatas: ojos amarillentos de gato y lechuza al acecho, luciérnagas veraniegas o relámpagos fugaces. Los zorros rojizos vienen a cazar cangrejos en la orilla, mientras atentas, las comadreas los observan desde las ramas.

Todavía por allí se encuentran en esas piedras que trae el río, las huellas del trabajo de esos hombres, modeladores cósmicos de esos fragmentos planetarios.



CURTIDORES EXPERTOS

El oficio de curtir pieles como materia prima para mil usos es milenario. Ya los primeros pobladores, miles de años antes, lo practicaban. Fue cambiando con el paso del tiempo. Los constructores de los “cerritos de indios” también lo practicaban.

Entre la Laguna de Castillos y la orilla oceánica, el espectáculo del atardecer comenzó a operar su magia cotidiana. El amplio paisaje abierto desaparecía entre las sombras, y lo visible sólo se reducía al entorno de los fogones. Esa iluminación, como cuando se apagan las luces en el teatro, cambia el formato del escenario. Deja de ser un amplio espacio abierto y se recortan en la oscuridad perfiles que parecen pequeñas maquetas domésticas, tantas como familias forman el caserío.

Es la hora en que las personas quedan atrapadas entre un cielo estrellado y una oscura superficie punteada de fogatas, como constelaciones terrestres.

Ese día fue de cacería, pero los trabajos continuarían. Los perros estaban de festín mascando huesos y gruñendo a los pumas que rondaban, olfateando nerviosos la carnicería desde la espesura del monte.

La abuela fue la primera en darse cuenta. Calculando con sus manos expertas el peso de varias pieles de ciervos, nutrias y zorros, advirtió que el pelo era notablemente espeso; mala señal, anunciaba que el invierno que se acercaba iba a ser riguroso. Su comentario alarmó particularmente al cacique con una cascada de preocupaciones.

Las alteraciones ambientales desequilibran la vida de las personas. Las variantes de la naturaleza que fueron observadas durante milenios, hoy invisibles para nosotros, permitían deducir las múltiples relaciones entre ellas y el clima.

El comportamiento de muchos animales era para ello una fuente de información. El croar de los sapos y las ranas. La agitación de los apereás, las mulitas y todos los animales que habitan en galerías subterráneas. La actitud de los felinos, muy sensibles a la electricidad atmosférica. La partida de las golondrinas temerosas del frío. El rumbo de las gaviotas chillonas buscando protección a la tormenta marina. El pasaje de las aves migratorias. Los rugidos de las focas y lobos marinos, habitantes de las rocas y las islas cercanas. La llegada de pingüinos y ballenas a las playas. El comportamiento de las libélulas, mariposas, hormigas o chicharras. Los cangrejos alejándose torpemente del agua antes de las crecientes. Y el pronóstico diario que anuncian las arañas cuando tejen hebras finas y largas si esperan un buen día, o las engrosan y acortan cuando esperan al agua y al viento.

También las plantas pronostican el clima con su lenguaje de hojas y pétalos. Las flores abriendo o cerrando sus corolas, el brote de los hongos, la caída cíclica del follaje.

El cielo y las nubes, por su forma y colorido, nieblas, truenos, el arco iris, la luna, la puesta del sol, son indicios. El color y el oleaje de los espejos de agua dulce y del océano cercano.

Todo ello en su armonía constituye otro lenguaje para decodificar el destino.

Bien a la vista, las herramientas permiten realizar una serie compleja de trabajos. El orden de los cuchillos, raederas, raspadores enmangados con madera, perforadores de hueso, muescas de piedra con forma de media luna para descortezar, tajadores, y otros tantos. Los niños eran alejados de allí por el riesgo de los filos, y porque con sus travesuras, extraviaban las herramientas con facilidad.

Separar y desgrasar los cueros, cortar y tensar los largos tendones de los guanacos para fabricar tientos para las boleadoras y hondas, secar las vejigas, útiles para guardar líquidos, filetear la carne, juntar el sebo, estaquear los cueros para su curtido, seleccionar huesos para confeccionar agujas o punzones, enhebrar los dientes para fabricar adornos corporales. Mientras tanto, se iba asando una tierna pieza de carne para disfrutar el trabajo y acostar satisfechos a los niños. Estas eran las tareas que tenían a todos movilizados.

Cada pellejo, según su destino, lleva un tratamiento de secado y conservación diferente: algunos se requieren suaves y sedosos, otros rígidos y planos como cartón. También órganos (como el estómago) deben secarse conservando su concavidad para ser usados como recipientes. Algunos se requieren peludos y otros impermeables. De los restos y recortes aprovechables, se cortan tiras siempre necesarias en la casa, como zapatos, mantos, faldas, colchas, techos, alfombras, asientos, bolsos, máscaras. Cada trozo tenía un destino, y su hechura ocuparía a la familia durante muchos días.

Son las mujeres las que se dedican a preparar las pieles. Si el cuero se precisa blando se le descarna muy bien y mojado con agua tibia, se unta con sebo mezclado con seso o hígado, adelgazándolo al máximo con raspadores de piedra. Si se precisa rígido, se le estaquea al sol.

Con el frío previsto comenzarían a renovar los mantos hechos de recortes de piel cosida con tendón de guanaco o ñandú. Se usa con el pelo hacia adentro y la cara externa decorada con diseños ancentrales.

Para trabajar con comodidad en medio de las faenas rudas, liberaban el torso y los brazos del manto, sujetándolo con un cinturón.

Preparaban vestimentas para uso diario, para ceremonias rituales y también para envolver los huesos de los difuntos. Naturalmente, los diseños pintados dependían del destino de la pieza. Los signos, símbolos y emblemas de carácter religioso y protector, poseían un significado que hoy se ha perdido.

El sebo era un producto de gran utilidad. Usado en la cocina, en la cosmética teñido con colores, pero sobre todo como medicamento ya sea solo, o mezclado con yuyos y esencias. También era útil para conservar filos y en el curtido e impermeabilización de los cueros.

Al amanecer del día siguiente, la aldea era un verdadero desorden, rápidamente se barrían los vellones restantes y todo tipo de deshecho que atrae a las moscas y a los perros, con su fatigante jugueteo en los espacios de trabajo. Niños y mujeres pasan el día ajustando la tensión de los cueros estaqueados, en pleno proceso de secado. Con mucho cuidado, en ollas grandes, el sebo se derretía y luego colaba. Un joven, que pronto sería iniciado como cazador y guerrero, acariciaba con orgullo una hermosa piel de gato montés que le fue destinada para vestir en esa ocasión.

Todos hacían algo en la aldea. Los que no se ocupaban del curtido y preparación del sebo, estaban cuidando del “cerrito”. Alguien coloca una piedra bien ensartada para evitar un deslave de la próxima lluvia, un hombre muy concentrado acarrea buenas cargas de ceniza para solidificar las partes arenosas, unos jovencitos muy ruidosos se dedican a cazar a un apereá, que eligió la construcción para cavar allí su madriguera. Dos mujeres escarban una ladera soleada y plantan las semillas de zapallo, maíz y porotos que seleccionaron, dejando esa huerta bien regada.





UNA MULTITUD DE VECINOS DIFERENTES

Los pueblos ancestrales en esta región, tenían una diversidad cultural muy rica. Unos aprendían de otros los oficios para hacer del entorno un recurso vital. Juntos, eran un mosaico de culturas propio de estas tierras y aguas.

El ir y venir de caminantes y canoeros, unía los pueblos habitantes del Chaco argentino-paraguayo, del Planalto del sur brasileño y los Campos uruguayos.

También se vinculaban con pueblos marineros que recorrían desde la Patagonia hasta las tibias aguas ecuatoriales de ida y vuelta. Así, los frutos de algarrobo, las maderas duras, los piñones de araucaria y los productos del mar y los palmares, circulaban junto a los aprendizajes, a los usos y costumbres y a las modas.

Al volver a la aldea de los pueblos constructores de cerritos, en la Cuenca de la Laguna Merín, las conversaciones nocturnas resultaban una verdadera competencia de historias y exotismos, vistos y aprendidos. Esa noche, un festín de mariscos alentó la charla

Las mujeres y los niños, habían ido, costeano el arroyo, hacia la orilla del mar. Su aldea está en la frontera misma entre un mundo terrestre y un mundo marino,

y sus pobladores saben hacer uso de ambos. En la playa recolectan algas muy enriquecedoras de su dieta, así como almejas, mejillones y berberechos. Escogen hermosos caracoles para su uso como recipientes o adornos corporales. Juntan plumas y huevos, osamentas blanquísimas de diversos animales. Una mandíbula de tiburón, que es un verdadero tesoro.

Intercambian con pescadores canoeros que costean el continente, una calabaza llevada con ese fin, por aceite de foca, y algunos valiosos tientos de piel de lobo marino.

La playa siempre resulta un espacio de encuentro con habitantes de otras aldeas, conocidos y desconocidos, aliados o enemigos. Ambigua, y por ello temida, etornan apresuradamente a casa.

La abuela espera el retorno con una vasija de sebo para embadurnar la piel de los chicos que seguramente jugaron en el agua salada. Vuelven con algas brillantes enroscadas en el pelo.

Ella se fatiga mucho al caminar entre las dunas, y prefiere esperarlos y cocinar lo que traen con rapidez, porque bien es sabido que los frutos del mar deben comerse frescos. Los manojos de algas se enjuagan en agua dulce y, colgadas de una rama, se secan para ser usadas luego.

La sabrosa cena trajo a la tertulia nocturna de los hombres un tema recurrente de conversación: las técnicas para pescar y la fabricación de canoas. Encuentran fascinante esta actividad náutica que tiene mucho de juego y de desafío. Ellos, habitantes de tierras de lagunas, bañados y esteros, son expertos pescadores de agua dulce y esa sabiduría no tiene aplicación en el mar.

Cuentan historias fantásticas de los pueblos canoeros y sus hazañas sobre la cacería de gigantes monstruos marinos y el enfrentamiento a las olas embravecidas.

“Hay pueblos nómades marinos que viven con su familia en canoas, y otros que, viviendo del mar, habitan periódicamente en aldeas costeras edificadas en elevados terraplenes, cimentados con los restos que el mar arroja a la costa: conchillas, esqueletos de peces de diversos tamaños, pingüinos, lobos marinos, tiburones o ballenas, y los deshechos de su propia alimentación. Esas construcciones se conocen con el nombre de *sambaquíes*, o *concheros*. Tan altas como los *cerritos*, forman verdaderas vallas que protegen a la aldea de los vientos del sur. Allí también entierran a sus muertos con sus ofrendas en íntima convivencia.” (Entre ellos se han encontrado los zoolitos, tal vez usados como morteros sagrados).

Aunque vecinos más lejanos, en el fogón se habla mucho de los pueblos chaqueños, a los que bien conocen por sus mutuas visitas. “Intercambian muchos productos como aceite de lobo marino y coquitos butiá, por los frutos del algarrobo para fabricar harina y canoas de maderas duras, inexistentes en esta región. Son como ellos, expertos pescadores de agua dulce.”

“Mañana”, recordó alguien, “debemos realizar la recolecta de miel” (la provisión de azúcar más importante en esa época, que es además un líquido sagrado de unción. Recolectarla es un trabajo masculino). Para ello repasan el inventario del instrumental necesario. “El hacha para romper el panal, cuerdas para alcanzarlo y recipientes para recoger la miel derramada. El sebo con hierbas repelentes a los insectos para proteger el cuerpo, y las ramas verdes para hacer una gran humareda, necesarios para protegerse de las picaduras.”

“Si no llegan pronto los pobladores del Planalto y de la Cuenca de la Laguna de los Patos, con sus fardos de piñones de araucaria”, dijeron, “tendremos que emprender la larga caminata hasta sus territorios para obtenerlos, pues si faltaran, la ceremonia se debe postergar. No hay fiesta que se precie de tal sin los alimentos amasados con su harina.”

Cuentan los chaqueños que “en los ríos, arroyos, lagunas y pantanos habitan seres poderosos que cuidan de los peces, las plantas y las aves que viven en sus aguas. La pesca es regulada por ellos, y se realiza cuando dan indicios favorables”.

Los viajes y las visitas enseñan costumbres, técnicas y conocimientos científicos que circulan por el territorio americano, de boca en boca, de fogón a fogón, tan rápidamente como los vientos que lo atraviesan. La mayoría de las veces esos contactos e intercambios ocurren en encuentros pacíficos, y otros, son consecuencia de enfrentamientos y conquistas de distinta envergadura.

“Cuentan que en el Chaco se pesca de formas muy diversas. Con flechas, hechas con una larga varilla de punta muy afilada, pescan especialmente a las pirañas. Al atardecer, cuando ellas salen a alimentarse, el pescador, de pie sobre una roca, las atraviesa de un golpe certero.”

“En lagunas poco profundas, un grupo grande de pescadores con el agua a la cintura, acercándose lo más posible el uno del otro, hasta formar un círculo estrecho. Atrapan en él peces que se pescan a mano o con un cesto cónico tejido que es una red de varillas con mango.”

“Durante los festejos de días especiales, construyen represas de barro en un remanso de la orilla a la que se le deja una entrada. Los niños entran a alborotar las aguas, y los peces que se refugian allí, son atrapados.”

“Las mujeres chaqueñas tejen redes que, con palos verticales en cada extremo, permite que dos varones, vadeando la corriente y sujetando cada extremo de la red, atrapen todo lo que se tope con ella.”

“Las líneas de anzuelos, así como los ovillos de fibras amarrados con anzuelos empapados con sangre, son ávidamente atacados por peces voraces que quedan allí ensartados.”

“Cuando los peces abundan, se contamina el agua con preparados que les hacen perder flotabilidad, y, sin llegar a envenenarlos, les impide nadar. Por ello pueden ser cazados a mano, con redes o canastos”.

Los tiempos de los cazadores, pescadores y recolectores nómades, habían quedado atrás en el tiempo, para los pueblos constructores de “cerritos”. Mil formas de obtener recursos vitales se combinan con el favor de los dioses y los ancestros vigilantes.



CANOAS Y CANOEROS DE AGUA DULCE

Al navegar por ríos o lagunas más o menos extensas, la pesca es sólo una de las actividades de los hombres de la aldea. Pescar, cazar y recolectar alimentos, depende de la oportunidad, y para aprovecharla, están preparados y atentos. El poseer una canoa no es fácil.

Los canoeros van atentos observando las aguas turbias y barrosas de pantanos, bañados y lagunas. Perciben el menor movimiento entre la paja brava, totora y “colas de zorro” que los rodean. Allí viven y anidan todo tipo de animales a los que procuran no espantar, remando con gran suavidad y sin hablar, llevando perros entrenados para atraparlos.

Las orillas, con sus pajonales y el lecho de la corriente de fango pegajoso, son el refugio de muchísimas aves, sapos, ranas, tortugas, víboras, serpientes, nutrias, carpinchos, comadrejas y zorros. También hay ciertas plantas acuáticas muy útiles como alimento y medicina. A esas playas vienen a beber los ciervos, los pecaríes y todos los habitantes del entorno. Los nidos con huevos o polluelos, dependiendo de la época del año, son hallazgos muy valiosos.

Pescar navegando por ríos y arroyos exige una gran concentración. Con sus aguas transparentes, como un cristal gastado, dejan ver el fondo donde duermen

cardúmenes plateados. Desde el bote, con flechas, redes o arpones, se les puede atrapar según la estación: anguilas, bagres, carpas, mojarritas, tarariras, “viejas del agua” y, más al norte, las peligrosas pirañas. Puede oírse a lo lejos el chapuzón de una nutria pescadora, cuya competencia como cazadora los alienta a ir en su búsqueda. Al llegar a casa, las mujeres limpian y condimentan con hierbas perfumadas lo cazado y pescado, que cocinan en la brasa del hogar.

El monte orillero está lleno de vida animal y vegetal, sólo interrumpido por zonas de altas barrancas socavadas por las aguas, muchas de ellas con aldeas o campamentos estacionales en lo alto, cuyo avistamiento hace virar la canoa, respetando el territorio ajeno.

Esos montes son un enredo vegetal casi impenetrable, fantasmagórico, ideal para instalar nidos, colmenas y madrigueras. Allí se crían los jaguares, gatos monteses, zorros, bandadas de loros, chingolos, lechuzas, murciélagos, pájaros carpinteros y torcazas. Caen los frutos dulces de las pitangas para delicia de las hormigas y otros animales frugívoros. Crecen en grupo las coronillas, florecen los blanquillos y arrayanes. Se estiran buscando el cielo los coloridos ceibos y el mburucuyá tapiza todos los troncos. Las ramas rastreras y matorrales, cubren cada espacio vacío con sus flores y frutos.

El poseer una canoa de calidad es una aspiración permanente. Si los aldeanos logran un buen cúmulo de productos valiosos, emprenden una partida comercial que sale hacia tierras chaqueñas para canjearlos por una buena embarcación de madera dura, que desde tan lejos traen navegando y cargándola por tramos.

A veces la construyen. Puede ocurrir que en un territorio deshabitado encuentren un árbol adecuado, cosa difícil en esta geografía sureña. Si es así, lo cortan y allí mismo comienzan su construcción. Es el *timbó*, u “oreja de negro”. De tener buen tamaño, será el árbol más adecuado. Pero eso es cada vez más difícil de lograr porque ya no existen, como en el pasado, esas tierras desocupadas de personas o

espíritus tutelares donde talar. Las majestuosas araucarias, gigantes y solitarias no sirven, tienen madera blanda y esponjosa, además de los numerosos nudos en los que encastra su ramaje horizontal. Son ideales sin embargo para trepar por ellas, como por una escalera natural y observar el horizonte.

La construcción de la canoa es un trabajo comunitario que requiere los mayores cuidados. Empieza con la selección y corte del árbol. Los mejores se encuentran en medio de la espesura. Los cercanos a la orilla del monte son demasiado pequeños o están demasiado torcidos por el viento para proporcionar una madera utilizable. Necesitan haberse desarrollado en lugares abrigados. Rodeándolos con los brazos, estiman si tienen las dimensiones suficientes. Si las manos no llegan a tocarse, el árbol puede ser utilizado.

Los mejores árboles para hacer canoas son los que están muertos y se conservan de pie varios años, sin ser atacados por los insectos. Es muy importante evaluarlo al quitarle la corteza, que puede cubrir defectos en la madera, antes de realizar el enorme trabajo de transportar semejante tronco. Si el árbol elegido se halla en medio de una vegetación espesa, es preciso abrirle camino para poder transportarlo.

Construir la embarcación es una tarea de varias semanas. La duración varía según la destreza de los talladores. Cuando el tronco está cerca de la aldea, el trabajo es más fácil y se le consagra algunas horas del día mientras se atienden otras obligaciones. Pero si se tumbó lejos, los talladores deben instalar un campamento-taller, y la dedicación es, entonces, total.

El tronco se corta y ahueca con instrumental de piedra. Trabajan varios hombres agrupados en cada extremo y de pie sobre el tronco, las astillas vuelan alrededor y alimentan la fogata que asa la carne para los trabajadores.

Se requiere de mucha habilidad para mantener la curvatura del tronco. El grosor de algunos centímetros debe ser pareja. Este adelgazamiento lleva varias jornadas. Algunos expertos en fuego controlado ayudan a ahuecar, quemando el interior del tronco. Un error puede arruinar todo lo hecho e inutilizarlo.

Una vez terminado el primer ahuecamiento a punta de hacha de piedra, el tronco está suficientemente liviano como para poder acercarlo a la aldea.

La terminación es encargada a los talladores más refinados. Ellos pulen y emparejan el grosor de la madera. Apuntalan los bordes con travesaños para darle forma. Nivelan nudos y asperezas. Cuando dan su aprobación a la canoa la llenan de agua durante unos días y luego la secan muy lentamente sobre una cama de brasas.

También tallan pértigas y remos cortos. Untan el casco de la canoa con abundantes capas de sebo y aceite. Una vez logradas las curvas buscadas y retirados los travesaños, la canoa exhibe la forma y las dimensiones adecuadas para flotar.

Las canoas marineras que ven pasar por la costa llevando familias que en ellas viven, son de fabricación más compleja, con tablas ensambladas, algunas tienen mástiles y velas hechas de pieles de foca desecadas y cosidas, muy capaces de soportar fuertes vendavales. Son impulsadas por varios remeros de la familia. Dentro de ella, sobre un colchón de musgo, barro y cenizas en el piso, una suave fogata va dándoles calor y lamiendo la olla donde hierve la comida.

Finalizado el trabajo y una vez puesta a prueba la canoa en el bañado, todos los aldeanos hacen los preparativos para una gran fiesta. Poseen, con esa nueva herramienta, la levadura para tiempos más prósperos. Los niños nadan alrededor. Arden los fogones, corretean las mujeres: vacían cestos y tinajas con reservas de alimentos y deliciosas conservas. Huele el asado que la caza afortunada sumó al festejo. Todos felices comentan cada detalle de los trabajos pasados y seguirán

repitiéndolos durante meses y meses. Los espíritus de los ancestros los acompañan en los buenos momentos como éste, así como en las dificultades habituales. Esa noche la luz lunar iluminó por primera vez el bañado cremoso con ese extraño artefacto flotando levemente en sus aguas. con el negro perfil de una pareja de garzas migratorias que, atrevidas, se posaron en la borda.



UN FESTIVAL DE ESTRELLAS

Los poderes del cielo y sus habitantes -diurnos y nocturnos-, inspiran muchos relatos y mitos que encierran una profunda religiosidad. Contados de abuelos a nietos a la luz de las hogueras, o recogidos hoy por libros, mantienen vivo su encanto original que aún obsequia la oportunidad, al escucharlos, de ver al cielo con otros ojos.

El cielo siempre ha sido brújula y calendario. Es la guía de navegantes, caminantes, arquitectos a la hora de orientar sus construcciones, o para los suplicantes que localizan un punto divino en el horizonte ante el cual postrarse y rezar. Como un espejo altísimo e inmutable de la tierra y las aguas inmensas, los humanos rumian su destino contemplando y descifrando los misterios de ese descomunal paraguas, del que se descuelgan dioses que determinan sus vidas.

De día es el sol quien guía, perseguido o no por la luna. Parece, cada día, salir y ocultarse en el horizonte en puntos cambiantes. Esos desplazamientos de ida y vuelta con respecto a un punto, han originado los calendarios solares y esa antigua ciencia que es la astronomía. Años, solsticios y equinoccios, fueron calculados por los observadores de los horizontes y de los cambios en la proyección de las sombras en la tierra.

La persecución lunar al sol también fue observada y registrada. De modo que muchos pueblos, desde hace siglos, podían anticipar el momento en que la luna alcanzaba al sol en un punto del cielo. Coincidiendo, lo ensombrecía, dando lugar a aterradores eclipses.

El cielo nocturno, manto bordado que cubre a los dioses mientras duermen, está poblado de estrellas que son también faro y guía para los simples mortales. La Vía Láctea es la espina dorsal de un gigante esqueleto estampado en ese oscuro abrigo de terciopelo, diseñado por un vestuarista loco que cose lentejuelas con filamentos de luz fría. En nuestro hemisferio, la “Cruz del Sur”, o “Crucero”, se destaca. Así, el vestuarista salpica brillantina en torno a Venus, el planeta iluminado que conocemos también como “Lucero del Alba”, venerado y temido, auspiciante de cosechas, bodas, nacimientos y festividades. La blanquísima luna, blanquísima como la valva de una almeja, se pasea a sus anchas, muy femenina, envuelta en tules, jugando a esconderse entre las nubes. Ella preside, cambiando su forma, el repertorio de los grandes actores de ese festival nocturno.

Los pueblos antiguos en todo el mundo no sólo admiraban los puntos luminosos en el bordado del cielo como lo hacemos hoy, sino también los espacios oscuros por ellos delimitados. Esos charcos oscuros, llamados “constelaciones negras”, eran vistas como siluetas de seres sagrados, protectores y vigilantes del sueño: llamas, águilas, leones, osos, pumas o ñandúes. Sus ojos, el brillo de sus garras y plumas, o la fugaz huella de su paso sobre pasturas o arenales, son los puntos iluminados que delimitan esa silueta. La costumbre de buscar diseños en el cielo, en las nubes pasajeras o en los agrupamientos de estrellas, como vemos, viene desde muy lejos

Esta conversación que sigue, un verdadero rompecabezas de historias sobre la Cruz del Sur o Crucero, se escuchó en una noche invernal y transparente, en la tertulia susurrante de los hombres, cubiertos por sus mantos de pieles y junto al fuego chispeante, sobre un “cerrito”, mientras la aldea comenzaba a silenciarse, somnolienta...

Nombran las planicies y los cerros circundantes que tienen en los afloramientos de roca, pinturas que, rojísimas, señalan claramente lugares sagrados. Muchas de ellas recrean astros del cielo. Alguien recuerda haber oído que en las tierras frías patagónicas, muy al sur, hay cuevas y grutas pintadas, unos seis mil años antes que esta conversación se produjera. Repletas de pinturas, eran lugares a los que llegaban peregrinos en homenaje a los más antiguos ancestros. Dibujos geométricos, manos, guanacos y personas, cubren sus paredes: escritura sagrada en imágenes, tal como en los templos. La Cruz del Sur está presente en esos dibujos, y es representada como la huella de la pisada del ñandú sagrado, correteando tanto por el cielo como por los campos pampeanos y patagónicos.

Susurrante, como un soplo proveniente del monte cercano, todavía se escuchan historias de la mayor constelación visible, la Vía Láctea. “Es un río blanco que en el techo del mundo, zigzagueante, persigue al ñandú tratando de ahogarlo en sus aguas cremosas. Por eso debe pasar toda la eternidad huyendo. En ese eterno correteo, el ave sagrada esquivo los espacios negros, o ‘bolsas de carbón’ sin fondo en los que puede caer. La Cruz del Sur es la marca de la pata del ñandú impresa en la barrosa orilla del río celestial”.

Ya que para conversar, comer y rascarse sólo hace falta comenzar, todos evocan ahora, atropellándose, historias mitológicas sobre el asunto y aguzan la mirada sobre la cruz celestial. Esa noche, en la que la constelación es la protagonista, brilla particularmente vanidosa escuchándolos desde arriba, satisfecha. Mientras tanto la luna, celosa, con muy buen oído, los mira de reojo escondida entre los flecos de su atavío. Al notar tan sublime auditorio, los narradores se apresuran a tomar la palabra.

Alguien dice acerca de la Cruz del Sur “es sólo la cabeza del ñandú, Alfa y Beta de Centauro (así las llamamos ahora) forman el collar plumoso del cogote”. Otros aseguran “está clarito, son las boleadoras que lo enlazan y lo paran en seco”. “¿Entonces cómo sigue corriendo?”. Y así argumento va y argumento viene, la Cruz sigue su marcha nocturna...

Mientras arriman leña al fuego, cuentan y discuten historias que han oído aquí y allá. Cacerías y persecuciones que sufre el ave sagrada, incapaz de volar, perseguida por perros, zorros y felinos, estampadas en el cielo como dibujitos animados. “Siempre alerta, mientras picotea lo comible y lo incomedible, comenzó un día una frenética estampida seguida por un perro hambriento. Allí, donde hay un pasaje que sólo ella conoce, corriendo, subió al cielo. ¡Ahí está! Acurrucada, descansando escondida. Es ese bulto oscuro junto a la Cruz del Sur, todos giraron la cabeza, dudosos.”

“Otra historia germina en el Chaco, donde también veneran al ave majestuosa. En el cielo, dicen, vive un casal de ñandúes que en junio o julio se juntan y construyen su nido para empollar los huevos. En primavera, nacen los pichones que sus padres envían a la tierra para que se alimenten de flores y para que los humanos, al cazarlos, tengan abrigo y alimento.”

La Cruz del Sur no podía dejar de emocionarse al escuchar tantas fabuladas reflexiones sobre su ser astral. Cerrando sus ojos estrellados, trataba de verse a sí misma como la relataban en la hoguera. Sólo ella sabía cómo realmente era, pero los secretos del cielo son eternos. Si se revelaran, los humanos dejarían de soñar.

Otros completan su explicación dibujando en el aire y apuntando al cielo con un palo a medio quemar que, al moverse, deja un efímero trazo de chispas en la densa tela del aire nocturno. Cuerpos completos de ñandú, composiciones de estrellas y espacios negros integrando escenas: de ave solitaria, de ella acompañada de un cazador, de ambos más un perro. Tan elocuentes resultaron, que esa noche la constelación se movió en su estable geometría, delineando fugaces escenas de caza.

Luego de un prolongado silencio, paréntesis mudo que anuda la naturaleza de la realidad mágica con la razón reflexiva de los hombres, se oyó la voz

cavernosa con cadencia de letanía, de alguien que había permanecido callado, escuchando:

“Cuando los dioses crearon el mundo habían dos animales: el ñandú y el perro. Tenían de todo lo que pudieran necesitar: campos, pastos, ríos y granos, para poder vivir en paz. Un día, discutieron entre ellos, y el ñandú aplicó una fuerte patada al perro. Éste, muy enojado, comenzó a perseguirlo para darle caza, de un lado a otro, por toda la superficie terrestre. Cuando el ñandú topó con un árbol gigantesco, trepó por él hasta el cielo. Con su olfato, el perro lo descubre y, trepando, lo siguió. Los dioses se pusieron furiosos y decidieron castigarlos, convirtiéndolos en estrellas”.

Todos quedaron pensando, silenciosos, mientras ponían más troncos al fuego agonizante, acerca de lo nefastos que resultan el rencor y la venganza para la vida en comunidad.

Si bien en estas tierras circulaban éstas y otras muchas historias andinas y chaqueñas, las guaraníes eran más conocidas, por su mayor vecindad y convivencia:

“El Padre Creador hizo a los ñandúes, nombrando igual a las arañas y a la Cruz del Sur. La araña es el animal sagrado de la selva guaraní”, dijo para sorpresa de muchos que no podían creer que alguien negara ese lugar de privilegio al ñandú. “Hay que vivir en la selva para entenderlo, allí hay muchos insectos peligrosos y molestos y la araña los atrapan. Yo mismo conocí a una anciana que con los hilos de la tela curaba heridas y preparaba medicinas.”

Los guaraníes también interpretaban a los espacios oscuros del cielo como depósito de granos, puestos allí por el Creador, para que el ñandú celestial se alimentara. Si ellos se agotaran, el ave bajaría al cielo a comer a los hombres. Ese momento sería entonces, el fin del mundo.

Un anciano cuyo rostro parecía tallado en cera, con los huesos calados por el frío y de pie, despliega su brazo pellejudo como un abanico de seda ajada que va abriéndose lentamente. Con su gesto abarcó todo el cielo en su infinita inmensidad. Entonces dijo, poniendo fin a la velada: Todo el cielo es la imagen del ñandú sagrado. ¡Véanlo correr de perfil frente a nosotros, moviendo la bóveda! ¡Allá está su cabeza! ¡Ésta es su cola! ¡Miren sus alas desplegadas!

Todo estaba dicho, el cielo extendió un acolchado de nubes y toda la aldea quedó sumida en un buen sueño reparador.





RUDECINDA, UNA INDÍGENA MISIONERA

Las gallinas que pasaban la noche dentro del rancho, cada cual en su rincón a salvo de las comadreas, zorros y otros bichos merodeadores. Abrían un ojo y seguían durmiendo. Era muy temprano para ellas, a pesar de su fama de madrugadoras. La luz del día todavía no asomaba. Rudecinda ya estaba sentada en el taburete reavivando con su palmeta el fuego bajo la calderilla. Tenía todo a mano y en el mismo lugar de siempre: los yuyos, la yerba, el porongo y la bombilla. Los dejaba listos antes de acostarse. El fogón alcanzaba para iluminar y esperar el día mateando. El reuma y la artritis, a sus noventa y pico, la fastidiaban mucho. Mientras esperaba el borboteo del agua, rehacía a tientas y de memoria sus largas y escasas trenzas plateadas. Ella, como todas las mujeres indígenas misioneras, nunca se había cortado el pelo.

La humedad del aire ese día era más densa que la que produce el rocío de la madrugada, y se colaba en el encierro del cuarto de adobe sin chimenea ni ventanas. El humo producía una atmósfera fantasmagórica. De todas formas tenía que ir a la pulpería sin falta. Le escaseaba la yerba y no tenía elección. Bien sabía que se venía una tormenta -y al pensarlo se santiguaba, pidiéndole protección a la viejísima imagen de Santo Tomé, que la acompañó toda su vida clavada en la pared-.

Rudecinda nunca usó dinero. Si en su familia cobraron salarios, los manejaron su padre o su marido. Cultivaba zapallos criollos, choclos, habas y alguna cebolla; juntaba los huevos de sus ponedoras y a veces recolectaba miel silvestre. Cambiaba esa cosecha por yerba, jabón y sal. También traía velas para alguna emergencia. El pulpero siempre le regalaba algo: un hueso de espinazo para la sopa, un pedazo de charque, galletas o alguna ropa descartada por su mujer. Poca cosa precisaba, pero eso sí; sin mate, no podía vivir.

Con mucha dificultad se arropó con su poncho remendado mientras acariciaba el escapulario descolorido que la protegía desde su bautismo. Acomodó las verduras en un bolso tejido por ella con fibras de caraguatá, hace años ya, cuando todavía veía bien. Antes, entre sus dedos habilidosos, bailaban las hebras transformándose en redes bien resistentes. Amarrado con cuerdas y una banda que llama apisamá atravesada en la frente, lo colgó de la espalda. Así también cargaba antes a sus hijos, a sus nietos, como las mujeres indígenas lo hacían desde tiempos inmemoriales.

Abrió la puerta del rancho (esa que cruje y rechina, cuando los pájaros del monte empiezan a cantar al lucero del amanecer, pregonando la salida del sol). Vio al perro revolcándose panza arriba en la tierra, meneando sus patas: “mala señal” pensó, “anuncia agua”. Con su bastón tanteando el piso, con gran dificultad, más arqueada que de costumbre por el peso de la bolsa, y descalza como toda su vida anduvo, empezó a caminar entre dos luces.

“Hoy llovería sin falta”, reconfirmó. Lo sentía en su cuerpo conectado con la naturaleza, desde sus pies desnudos hasta la punta de sus trenzas. Entre los árboles y los matorrales subía la neblina matutina con los primeros rayos del día. Rudecinda sonreía ante la belleza del terruño y avanzaba bamboleante, conversando en voz alta con sus recuerdos y sus sueños.

Más allá del monte, como faros que guían a los viajeros en esos campos sin caminos ni senderos, se elevan los humos de la pulpería: del horno de pan, de las

parrillas y de la herrería. Allí llegan todos los vecinos y los forasteros: indígenas misioneros, europeos, negros y mulatos, gauchos y paisanos; cristianos todos por bautismo o por tradición.

Los indígenas «infieles» no se alejaban mucho de los montes en los que acampaban de vez en cuando, y llegaban hasta el caserío por necesidad o por curiosidad. Muchas veces, sin bajar de su caballo, cambiaban al pulpero finas pieles curtidas por yerba, tabaco o alguna herramienta de hierro. Eran los escasos sobrevivientes de los múltiples pueblos originarios de la región. Sus antepasados sufrieron despojos y genocidios. Ellos, desheredados y despreciados, pasan todo tipo de sufrimiento y necesidad. Mantienen las formas y las trayectorias de sus vidas aprendidas en antiguas tradiciones materiales, espirituales y sagradas que valoran por sobre todas las cosas del nuevo mundo. Viven acosados, disminuidos y asfixiados en un mundo que se les volvió hostil y fracturado desde los siglos de la conquista y la colonización europea.

Cambios e intercambios de todo tipo ocurrieron a lo largo del tiempo transcurrido. Por ambición, poder, resistencia o necesidad. Por presión o por deseo. Esas son las motivaciones y las decisiones humanas, tanto de individuos como de comunidades enteras; la economía y la política finalmente los dejó fuera de sus límites de valoración, y lo que no vale, se destruye. Todo ello y más los marginó del presente. Su antigua y tradicional vida tribal se iba marchitando y perdiendo en la niebla del tiempo.

Rudecinda los respetaba, y le hacían pensar mucho en las difíciles decisiones que tomaron sus abuelos en la selva cuando llegaron los padres misioneros. En realidad pasó, como toda su gente, su vida entera escuchando y reflexionando acerca de las historias de esos sucesos. Tal vez alguno de esos infieles era pariente suyo, algún nieto de los que se fueron de la misión. Cada vez que los cruzaba se le arrugaba el corazón. Ella sabía en carne propia de persecuciones, de huidas, de miedo, de injusticias.

En la pulpería, los vecinos no solamente compraban y vendían, también se enteraban de las novedades de esos tiempos turbulentos y confusos de principios del siglo XIX. Ella escuchaba hablar de “revolución”, de “independencia”, de “libertad”. “Una cosa es tener gobierno y otra muy distinta es gobernar”, decía el otro día el pulpero. Rudecinda no entendía mucho, le alcanzaba con saber que tenía que rezar por su familia. Vivir es salvarse de un peligro para caer en otro y para espantar la amargura, que también mata ¿qué podía hacer ella? Las ideas iban y venían de boca en boca, y más de una vez las conversaciones terminaban mal. La pulpería se convertía entonces en un campo de pelea a punta de facón.

Cada tanto paraba una carreta con familias náufragas, que corridas por la pobreza, se lanzaban al campo, inmenso como el océano, buscando trabajo en una estancia o un pedazo de tierra dónde hacer un rancho y cultivar. También pasaba la diligencia que traía correspondencia de la capital, esperada con ansiedad por la gente del pago. Se organizaban carreras de potros, jineteadas, bailes, juegos de cartas y de taba. Llegaban gauchos cantores con su guitarra y también payadores. La pulpería servía de alojamiento al párroco cuando andaba de gira por la campaña, o para que algún viajero pasara la noche.

Mientras Rudecinda negociaba el trueque de su cosecha con el pulpero, se descolgó la espesa lluvia. Todos los presentes se santiguaron. Los truenos y los relámpagos la hicieron caer en cuenta que debía esperar un buen rato antes de volver a su casa. Mojarse no le preocupaba, pero a los rayos sí les temía: calcinan árboles, animales y personas. En realidad, lo que más la preocupaba era que la yerba se le humedeciera. Se acercó entonces a la parilla y llevó un tizón prendido a la puerta de entrada, y allí, murmurando unos rezos, lo colocó con el fuego hacia adentro. Mientras tanto, el pulpero había ido por el tonel de sal para trazar una cruz en el piso de tierra, y clavó un puñal en el centro. Dos conjuros protectores, más no se podía hacer... Rudecinda sonreía recordando que su abuela le contaba que cuando llovía en la selva, en la aldea guaraní, espantaban la tormenta bailando desnudos, con mucho alboroto, al ritmo de las maracas. Su madre -si el padre

jesuita no andaba cerca y si el marido no la escuchaba-, hacía lo mismo en el huerto de su casa en la misión. Entraba empapada y feliz. “Mi padre le reprochaba el ser tan rebelde, pero avivaba el fuego para que secara su ropa.”

Todos los parroquianos se dispusieron tranquilamente a esperar. Desensillaron los caballos, armaron un campeonato de cartas, amasaron tortas fritas, cubrieron con una enramada la parrilla del asado. Cada cual encontró su ocupación. Rudecinda, acostumbrada a su soledad, buscó un lugar tranquilo afuera, bajo el alero y junto a un fogón, y allí se acomodó con sus tesoros. Puso a calentar agua y ensilló un mate en una calabaza que le prestaron. Ella no había notado a un joven extranjero, vestido con ropa de la capital y una fina maleta de cuero, que la observaba con atención. Él le pidió permiso y se sentó a su lado. Una cortina de hilos plateados, escurriendo desde los atados de paja del techo, los aislaba del entorno. En esa intimidad nace la conversación sin que la inviten.

Todo empezó con el mate yendo y viniendo. Cuando Rudecinda lo miró a los ojos se persignó, eran claros y brillantes como una laguna al sol del mediodía. Un tropel de recuerdos aceleró su cansado corazón. Eran iguales a los ojos del padre jesuita que la bautizó y que luego la casó con el hombre con el que vivió casi toda su vida allá en la misión. “Cuénteme” le dijo, y, como por encanto, una cascada de palabras salieron murmurando de su boca.

“Yo soy cristiana y soy guaraní, las dos cosas son una para mí, así aprendimos de los abuelos en las misiones. Ellos vivían en la selva, más al norte, subiendo por el río. Después se vinieron para acá.”

“Lo que no me imagino de los cuentos de mis abuelos sobre la vida en la selva son los monos. Hablaban mucho de esos animales traviosos con cara de gente que robaban la comida y gritaban desde las ramas. La selva la imagino como un monte tupido, pero más extendido, con árboles muy altos y con mucho calor. También con muchos pájaros con plumas de todos los colores, con las que las

mujeres bordaban mantos de mucho brillo. Por lo demás ha de ser todo parecido a lo de acá, pero eso sí, más grande. Eso vivía remarcando la abuela. Si veía un yaguareté decía ‘éste es chico’, aunque a mí me pareciera gigante. Si hacía calor, por ejemplo, ‘está tibio hoy’ decía, aunque el sebo untado en el cuero estaqueado, chorreaba como agua en la sombra.”

“Los abuelos, antes de ser misioneros, vivían en aldeas formadas por casas grandes y compartidas. Toda la parentela vivía junta: hijos, tíos, nueras. Siempre extrañaron después el vivir en ranchos separados, cada pareja con sus hijos, por idea de los padres jesuitas. Cuando yo nací ya era así.”

“La vida se había vuelto muy peligrosa en la selva y en las aldeas. Cada día llegaban noticias desde lejos, las traían sobrevivientes de territorios guaraníes que habían sido arrasados por los *mamelucos* o *bandeirantes*, como se llamaba a esos cazadores y comerciantes de personas. Cuentan que a veces los *tupís* los ayudaban a moverse por la selva. Gente mala hay en todos los pueblos. Yo se lo digo así como lo creo: hay buena gente y mala gente, haya nacido acá o allá.”

“Un día, mis tíos estaban cazando y encontraron, en la espesura de la selva, a dos hermanitos perdidos y con mucho miedo; habían escapado cuando incendiaron su casa y apresaron a su familia. De puro milagro no los mató algún jaguar. Los criaron las viudas en la misión. Ellas ayudaban mucho a los padres misioneros, cuidando a los enfermos y con los huérfanos, vivían juntas en una casa al lado de la iglesia. ¡Era de techo de teja! Al llegar los jesuitas enseñaron a hacer ladrillos y tejas para acelerar el trabajo de la piedra y construir el templo. Yo creo que también extrañaban las casas de su tierra.”

“Los *mamelucos* vendían a los prisioneros para que trabajaran en las plantaciones de cacao, de algodón y de caña de azúcar. Se los llevaban acollarados y con las manos atadas, días y días de camino hacia el mar. Muchos iban lastimados y se morían caminando. Fue en esos tiempos de mucho miedo cuando llegó a la

aldea de los abuelos una carreta tirada por bueyes, con unos hombres blancos y de ojos claros como los suyos, vestidos con sotanas hasta los pies. Fue una gran impresión, nunca habían visto gente así.”

“Algo de la lengua guaraní sabían, porque llegando nomás les hablaron a todos. Venían del Guairá, seguro allí la habían aprendido. Esos *mamelucos* los habían atacado a sangre y fuego en otras misiones que habían construido, y por eso llegaron allí para recomenzar su trabajo. Sus palabras daban paz, eso un guaraní lo sabe apreciar aunque ellos no las pronunciaran bien. Tanto les gustó el sonido del discurso y los gestos de los padres, que empezaron a tocar las maracas de puro entusiasmo. Lo que entendían de esos discursos era muy parecido a la Tierra sin Mal, que los cristianos nombraban Paraíso. Mis abuelos y los curas serían muy diferentes por fuera, pero sus sueños y su religión se parecían en lo principal, y por eso se tuvieron confianza.”

“Las palabras son el alma de las personas, son más que lo que dicen para afuera” aclara Rudecinda. “Los guaraníes sabían que las palabras vienen de los Primeros Padres, del Creador, así como el canto, la poesía y los nombres de las personas y las cosas. El nombre es la “palabra-alma” que elige a una persona para vivir en ella. Eso me dijo mi madre cuando le pregunté por el mío. Sonaba muy dulce cuando ella lo decía: por algo me habrá elegido.”

“Los padres misioneros dieron confianza en la aldea en esos tiempos de terror. Se dice fácil si uno está tranquilo, pero es una razón muy poderosa. Es la vida de todos los seres queridos lo que está en juego. Ofrecían protección: tenían algunas escopetas, y en medio de la inseguridad en que se vivía en la aldea, esa llegada fue como una respuesta a sus plegarias al Creador, tal vez fue la única respuesta que encontró.”

“Mostraron cómo fabricar armas y herramientas de metal con yunque, fragua y fuelle. Te voy a contar algo que mi abuelo siempre le repetía a mi padre: ‘ El po-

der que traían no eran armas, sino su fe que les daba confianza '. La confianza se siente, se palpa, es contagiosa como una enfermedad buena. Piensa en los ojos de personas con fe y confianza, ¿imaginas su fuerza? Ahora piensa en la mirada de alguien aterrado y desconcertado. Si solamente hubieran estado frente a frente con los *mamelucos* y unos *tupíes*, hubieran podido salvar la aldea. Pero supieron por ellos lo que pasaba alrededor de la selva desde hacía mucho tiempo, y comprendieron que, para enfrentarlo y sobrevivir, no tenían información ni experiencia. Ante semejante situación, comprendí a los abuelos y la construcción de la misión. Tuvieron que aceptar cosas que no les gustaban, trabajaron mucho, pero hoy estamos vivos y nuestros dioses también adentro nuestro.”

“Tenían tesoros tan extraños que debían pertenecer a seres muy poderosos. ¡Las imágenes pintadas en colores sobre seda! ¡Los santitos con forma humana! Todo era sorprendente: los espejos, las herramientas de hierro, los ornamentos de la iglesia, las campanas, la vajilla, las sandalias, los libros, los cuadernos donde se escribían palabras, las gallinas, los cerdos, las tijeras, anzuelos, hachas, las flautas, todo, todo... ‘ Si tengo que elegir algo de todo lo nuevo ’ decía mi padre, ‘ son los instrumentos musicales y las campanas ’. Él cantaba alabanzas y solos en el coro de la iglesia, era muy bueno para eso y hasta ayudó a hacer un órgano. Si viviera hoy sería muy buen guitarrero, me parece.”

“Fue muy complicada y muy discutida la mudanza de la aldea a un lugar más seguro. Algunas familias los aceptaron y cambiaron por la misión su forma de vida aldeana, otros probaron para ver si les gustaba y luego se fueron avisando o escapándose. Yo los entiendo”, decía Rudecinda, “cambiar de vida no es fácil para nadie. Les costaron los cambios, se trabajaba demasiado decían, algunas exigencias de los padres misioneros les parecían absurdas; se acostumbraron, o guardaron en su corazón sus razones que contaban luego a sus hijos.”

“Los padres jesuitas reunieron a todos a los pocos días de llegar: los *mamelucos* andaban cerca. Con una vara dibujaron en la tierra apisonada un plano de la

nueva misión, con una plaza, iglesia, escuela, corrales y casas pequeñas para cada pareja con sus hijos. No era fácil de entender porqué. ¿Ya le conté que por cientos de años habían compartido la casa todos los emparentados? Cada cual su fogón y sus hamacas, pero un techo para todos. Hasta los muertos estaban allí en urnas o enterrados bajo túmulos. Se miraron desconcertados por eso.”

“Pensándolo ahora, me doy cuenta que la persona tiene mucho que ver con su casa. Ni me imagino si me tuviera que cambiar de rancho. Siempre pienso que tuve suerte de no vivir en ese momento de cambios. Sufrí demasiado cuando echaron a los padres y debimos huir de la misión. Yo, por eso, no me quise ir con mis hijos a la ciudad, no me muevo más. El hornero no cambia su nido ni el zorro la madriguera, tampoco las abejas cambian el panal... siempre pienso en mi abuela, mientras vivió, extrañó mucho su casa grande.”

“Mis hijos se fueron a trabajar a la capital. Precisan dinero, salarios. Todos los días el mundo cambia un poquito y yo ni cuenta me doy. Cuando vinieron los nietos y mi esposo se murió, caí en cuenta de que mis muchachos necesitan plata para criarlos. Ellos lo que hacen bien es trabajar con la piedra como su padre. Acá nadie precisa eso ahora que la parroquia se terminó... Se fueron todos, con las esposas y mis nietos. Seis hijos varones tuve y dos no se criaron, eran angelitos y se fueron al cielo. Su padre les enseñó lo que él sabía, su oficio de cantero. Hay mucho trabajo por allá para hacer casas, muros, iglesias. Un día van a volver, lo prometieron, yo los voy a esperar. Después me muero, antes no, porque quiero que me entierren como Dios manda: en un camposanto y con una cruz con mi nombre. Quiero un velorio con tortas fritas, con *mote* de maíz, y me gustaría hasta que consigan un *patay* de harina de algarrobo. Toda la familia y muchos vecinos. Ya tengo la cruz bendecida por el párroco hace años abajo del catre.”

“Ya le dije que mi abuela nunca se acostumbró al rancho chico. Decía que las paredes la apretaban, que quería conversar y que no tenía con quién, que antes tenía ayuda para exprimir la yuca, para moler el maíz, que no veía si la nuera

alimentaba bien a su hijo... pura protesta. No le gustó cuando pusieron a todos los muertitos juntos en un cementerio. En cambio mi madre era al revés, le gustaba tener su orden y sus cosas a su modo, no quería que la escucharan hablar con mi padre de los asuntos nuestros. Pasaba blanqueando el rancho por dentro: linda era mi casa. Ahora mi rancho es un desastre, como no veo no me importa, y cuando mis hijos vengan de visita la van a blanquear en un ratito.”

El estruendo de los truenos la hizo callar, y aprovechó para comer despacito una galleta todavía tibia que el joven le trajo. Él sacó de su maleta un frasquito de tinta, una pluma y un cuaderno grueso. Otra vez ella se emocionó con sus recuerdos al ver esos objetos que tanto la maravillaron antes. “No crea que soy llorona” le dijo, “será que estoy vieja y los ojos se me aflojaron”. Quedó callada, mordisqueando y pensando. Sólo la lluvia y el rasgado de la pluma en el papel se escucharon por largo rato, mientras los relatos se plasmaban en notas muy valiosas para este hombre curioso y estudioso.

“Las mujeres de la misión empezaron a cocinar distinto que en la aldea, a los padres les gustaban otras comidas”, se acordó Rudecinda, seguramente al saborear la galleta. “La carne de vaca y los caballos parece que eran medio nuevos por acá, que habían venido en barcos hacía ya tiempo, poco antes de nacer mis abuelos. Pero sí aprendieron a usar la leche de otras maneras, y hacían queso, manteca, requesones. Había cosechas de plantas nuevas como trigo, nabos, cebollas. Trajeron plantas de vid, naranjos, perales, papa desde las montañas, manzanas, ciruelos. Cuando yo era chica los árboles ya estaban dando fruta. Había un gran chiquero de chanchos para todos y un gallinero en cada casa. Aprendieron a hacer chorizos y morcillas, ahumaban la carne de las patas. ¡Una delicia! Sacaban aceite al maíz para condimentar la comida, y también se consumía mucha grasa en frituras. Con todo eso que se cultivaba, y la carne de la Vaquería del Mar que traían los arrieros, hambre no había; al contrario, hasta se vendían cosechas en los pueblos.”

“Ya le dije que había demasiado trabajo. Había siempre que tejer, arar, hacer barricas y toneles. Ir a trabajar a la calera. Cortar y pulir piedra en la cantera para agrandar la iglesia. La carpintería no paraba nunca de hacer bancos, catres y mesas. Se trabajaba en cuero, a veces por encargo, como las monturas. La herrería era un chisperío de la que salían herramientas, armas o campanas de hierro”. Los más habilidosos para el arte pasaban tallando, esculpiendo, pintando. No alcanzaba el tiempo, los días eran cortitos. Cada día venía más gente a vivir a la misión. Al final, los guaraníes éramos los menos, pueblos enteros venían a pedir refugio. Se hablaban muchas lenguas. Era bueno que había cada vez más brazos para esos trabajos, pero había que enseñar todo a la manera misionera. Además había instrucción militar, porque paz, lo que se dice paz, no hubo nunca que yo recuerde.”

“Por suerte había bastantes fiestas para los santos y las misas eran muy vistosas. Pero lo más lindo que recuerdo de joven eran las tardecitas cuando ensayaba el coro convocado por la campana. Recuerdo el olorcito de la cena en los fuegos que venía desde las casas en espera de nosotros. También me gustaba salir a buscar flores para los altares. Hacía lindos ramos. No podía descuidarme y que se marchitara el de un santito, los padres eran muy rezongones.”

“Un día del que no me quiero acordar echaron a los padres y la misión se disolvió. Fue un espanto. Yo me pregunto si las plantas habrán sobrevivido, porque todo lo demás lo robaron y lo quemaron. Con mi marido y mis hijos llegamos hasta aquí. Usted ni se imagina cómo me gustaría darme una vuelta para ver si los árboles frutales aguantaron, muchos rebrotan después del fuego.”

“El cura de la parroquia, es muy diferente a los jesuitas que conocí. Ni a misa voy... prefiero rezar en el rancho. El cura pasa un canasto para las monedas... en la misión dábamos mucho y recibíamos mucho. El párroco viene de vez en cuando, siempre a cobrar algo: un casamiento, un bautismo, la bendición de un camino, la extremaunción de un enfermo, un entierro. Por su culpa, por única vez en mi vida tuve que vender por plata toda mi cosecha para que bendijera mi

cruz. Se lo digo con el corazón, Santo Tomé se enojó conmigo, por unos días lo veía mirarme con la boca torcida desde la pared. Yo le decía: costumbres son costumbres y de tanto insistirle creo que me perdonó. Igual en esos días el pulpero me surtió la yerba, pero la pasé mal.”

Parecía que las nubes estallaban en fogonazos de luz. A Rudecinda no le asustaban las tormentas. Le cuenta al joven que cuando vivía en la misión, estaba arreglando los ramos de flores. Era una tarde de temporal muy cargado. Por la ventana veía que los flecos del poncho del padre y las crines del caballo chisporroteaban brillando en la oscuridad cuando volvía a galope desde el campo. Desmontó y, sin atar al animal, entró corriendo hasta el altar. Rezaba gritando con los brazos al cielo, y pedía a Dios que no olvidara esa iglesia: “¡Libéranos de la tormenta que pereceremos! ¡Despierta y manda que los vientos cesen y se amansen! ¡No nos castigues así por nuestros pecados! ¡Ten misericordia de nosotros!” Es como si lo viera, empapado y blanco del susto porque creía que todo tenía que ver con pecados. Los padres jesuitas veían en todo pecado y pecado, eso era una locura. “Las tormentas son tormentas, no son castigos. El sol es sol, no es un premio a nada. Todo es la obra de Dios”, sentenció Rudecinda mientras cebaba otro amargo.

“Yo no critico, pienso. La vida es para acertar y para equivocarse. Pero con el ‘pecado’ eran muy pesados, lo veían por todos lados, así pensaban sobre ese tema también mis padres. A los abuelos los obligaron a cubrirse el cuerpo. Mi abuela quedó con las manos destrozadas de tanto hilar y tejer para hacer ropa sin necesidad. La mitad del trabajo comunitario se gastaba comprando telas. Mi abuela rezongaba y decía: ‘mi mano, mi cara, mis pies son cuerpo, y no es pecado que se vean. También creo que mis senos son cuerpo, pero si se ven son pecado. Es cuerpo también ¿o no? Así fuimos hechos por Dios, por el Creador ¿Acaso hicieron partes malignas?’ Yo creo que tenía razón, pero es como todo... uno se acostumbra, y la costumbre también manda.”

Rudecinda se atoró y tosió entre risas mientras contaba: “sin que los padres misioneros nos vieran, nos burlábamos mucho al verlos ponerse colorados como manzanas si veían a una mujer desnuda cuando se bañaba en el río; salían disparando, sofocados y de mal humor. Eso era otra cosa que nadie entendía ¿Por qué no se casaban y tenían sus hijos? ¿Por qué huían de las mujeres? Algunos eran distintos, pero los otros padres misioneros los castigaban.”

“Yo no andaría sin ropa ni en verano, lo aprendí de chica y me parece que los infieles que viven con otras costumbres, tienen derecho a andar como ellas mandan. Ahora nada más veo a sus niños correteando como Dios los trajo al mundo. Antes, en verano, se les veía cabalgar desnudos con el pelo al viento. El ser humano es muy lindo.”

Empezó a despejarse el cielo con un fuerte viento pampero. Rudecinda debía volver antes de que la noche la alcanzara. Mientras vaciaba el mate dijo: “yo nunca entendí a las personas que no pueden vivir sin pelear, nunca entendí ni la política ni la plata, para mí causan guerra y pobreza, siempre están detrás de todo lo malo que yo viví y que escuché. Hay mucho sufrimiento en este mundo, en el cuerpo y en el alma. Ese es el peor. También hay mucho disfrute y mucho amor, por eso tuve hijos, vale la pena vivir y cuanto más, mejor, para enseñarles a no confundir en su alma el bien y el mal. De esa manera, si se equivocan, no será por ignorancia”. Por eso le digo jovencito, mi tiempo se acabó y fue mucho, espero a mis hijos, a mis nietos, a las nueras. Necesito hablarles unos días, tengo mucho que decirles de la misión, de los abuelos de la selva. Ellos son gauchos, como dicen ahora. Gauchos son muchos, hasta extranjeros como usted los hay. Pero quiero que sepan bien de dónde viene la sangre de sus venas, que sepan por mí de sus abuelos guaraníes a distinguir el alma de las palabras, para que no vivan en confusión.”

El joven sólo pudo decirle “gracias Rudecinda”, porque ella no le dejó hablar. Eso empezó a pasarle cuando quedó sola en el rancho conversando con la estampita, con sus amados muertos o ausentes, con las gallinas o con el perro. Con el paso del tiempo el diálogo se le olvidó. Eso pasa. El pulpero eso ya lo sabía, bien la conocía y apreciaba. Cuando la veía llegar, sólo la escuchaba a medias mientras entraba y salía atendiendo su negocio.

Sin dejar de hablar de charcos, de barro, de la mugre que habrán hecho las gallinas que dejó encerradas, se paró crujiendo, como cuando un biombo pesado y colorido se despliega. Miró al joven fijamente, y le dijo: “sus ojos hablan por usted, agradezco su compañía.”



MAS DE 12.000 AÑOS DE PREHISTORIA

La vida se desarrolla en una delgadísima capa donde se juntan la atmósfera, la tierra y las aguas.

Nuestro planeta es temperamental. Erupciones volcánicas, temblores, “sunamis”, derrumbes, fracturas, lo sacuden frecuentemente. Sumados a la acción de los vientos y las aguas, modifican cada día sus vestiduras de roca y barro.

La atmósfera es a veces una envoltura de gasa ardiente y otras veces gélida. Al son de diferentes ritmos, algunos fenómenos cíclicos estacionales, anuales o aún más largos, como los del Niño y la Niña, alternan épocas heladas y otras calcinantes. Ellos dan lugar al comienzo ¿o al fin? de formas de sobrevivencia de los seres vivos y de los grupos humanos que culminan ¿o empiezan? periodos de adaptación natural y cultural a las nuevas condiciones ambientales.

La Cultura es una segunda Naturaleza y con sus cambios y flexibilidad permite sobrevivir al frágil y astuto Homo en todo el planeta.

Estos últimos miles de años alternaron períodos fríos y otros calurosos. Varias veces los fenómenos climáticos marcaron el cambio radical del destino humano y del paisaje. Paraísos terrenales se volvieron inhabitables y viceversa.

La última Edad de Hielo acaba hace unos 10.000 años. Es en su transcurso, cuando el milenar peregrinaje humano que parte desde África decenas de siglos antes, puebla las tierras americanas y el territorio llamado hoy “Uruguay”.

La fauna y la flora eran muy diferentes a las que conocemos hoy. Una vez extinguidos los dinosaurios hacía ya 65 millones de años, los mamíferos sobrevivientes tuvieron desarrollos fantásticos y únicos. El fin de los fríos y la llegada del hombre

se combinaron luego provocando su extinción.

Los paleontólogos , cuyo oficio es estudiar los restos fósiles de animales, dicen de nuestro territorio: “Diez mil años atrás, es decir hace un instante en términos geológicos, habitó en toda Sudamérica una fauna de mamíferos de tal diversidad, rareza y tamaño, que dejaría rabiosos de envidia a los responsables de los parques africanos. Elefantes, osos, tigres diente de sable, llamas de una tonelada, carpinchos de 150 kg., caballos, (milenios antes de que los españoles los volvieresen a introducir), son algunos ejemplos. Pero también había extrañas criaturas emparentadas sólo lejanamente con animales modernos: perezosos terrestres y bípedos de varios metros de altura; animales completamente acorazados relacionados con las mulitas, pero del porte de un hipopótamo...” (Fariña, Vizcaíno)

Seguramente estos estudiosos del pasado han de soñar un viaje imposible en el tiempo para hablar con el abuelo del cuento “La Llegada”. Era él quien contaba, cada vez que se cruzaban con rebaños y manadas, vida y milagros de cada especie. Conocía sus gustos, sus mañas porque vivió su vida tras ellos. De generación en generación se contaban las hazañas del duro peregrinar de las bandas de sus ancestros por los hielos del norte: arremetidas de osos, el tesoro constituido por el hallazgo de esqueletos de ballenas atascadas, horripilantes historias de niños atacados por lobos, la verdadera batalla entre una mastodonte hembra emboscada por los tigres diente de sable para salvar a su cría.

El agua del planeta estaba en gran medida congelada y cubría con un espeso manto los continentes, especialmente al norte del mundo. El clima era muy frío y muy seco porque casi no llovía. Los ríos actuales eran delgados hilos de agua y la línea de costas quedaba muy lejos de la actual porque los océanos tenían mucho menos caudal. El Río de la Plata tal como lo conocemos no existía. Nuestro territorio nos resultaría muy extraño, comparado con el actual.

LOS HIELOS SE DERRITEN

Lentamente, el planeta se entibia y a lo largo de miles de años, todo cambia radicalmente.

Hace unos 6 mil años, un largo periodo caluroso lo cambió todo. Esa fabulosa fauna de la Edad del Hielo ya debilitada por la cacería humana se fue extinguiendo y en esas fechas ya no existía desde hacía milenios.

Grandes lluvias producidas por el agua de los hielos derretidos y evaporada por el calentamiento planetario, acabaron con la sequía y llenaron mares y ríos. Florecieron los pastizales, se desarrollaron montes y palmares. Pájaros, abejas y avispas, pumas, ciervos, carpinchos y toda suerte de pequeños y medianos reptiles, mamíferos, insectos y arácnidos, sapos y ranas, nunca pudieron igualar la imponente soberbia de esos gigantes y frágiles animales extintos.

La vida humana cambió, se multiplicó y diversificó. Cambiaron las posibilidades y con ello, las necesidades. Cambiaron los olores y los colores del mundo. Descubrimientos científicos y tecnológicos hacen de los humanos la especie más adaptable. La forma de organización social es cambiante. Las hormigas, las abejas o las manadas de elefantes también distribuyen roles y tareas entre sí, tienen sociedad pero no tienen cultura. Eso los esclaviza a su naturaleza. La cultura humana es diversa, acumula la experiencia de los antepasados, genera diferentes formas de vivir la vida, tal como ocurre hoy y ha ocurrido en el mundo en todos los tiempos y en este territorio también, pero esa es ya otra historia...

EL TIEMPO PASA Y MUCHOS PUEBLOS DIFERENTES HABITAN ESTE TERRITORIO

El mundo tiene las fronteras políticas actuales desde hace muy poco tiempo. Por esa razón, en las historias antiguas, ellas no tienen significado alguno. Tratándose de América menos aún porque son muy recientes. Sus primeros pobladores no eran uruguayos, argentinos o brasileros. Los diferentes pueblos circulaban por amplios territorios sin banderas, agrupados sí por la historia y cultura de sus antepasados. Se asentaban en un lugar permanente o estacionario, especializándose en su aprovechamiento y combinando los recursos naturales con destrezas múltiples como la caza, la recolección, el cultivo, la crianza de animales y la arquitectura.

Cada agrupamiento humano se compone de personas unidas por fuertes vínculos de sangre o de alianza. Tan fuertes son esos lazos que en muchos casos todavía existen a pesar de todas las circunstancias que han modificado radicalmente el pasado. Se componían de familias con una larga historia de sucesos humanos e intervenciones divinas compartidas que fortalecía sus vínculos, y también una lengua, al igual que a las actuales naciones. Hoy se les llaman bandas, tribus o etnias...

Las creencias religiosas en esos pueblos tradicionales, inspiradoras de cada hecho cotidiano, convertían cada acción personal o colectiva en una ocasión de acercamiento con los dioses. Una parentela divina actuaba junto a las personas cuando cazaban, cuando recolectaban, cuando plantaban. También estaba presente al nacer, al crecer, al procrear y al morir. Toda la vida fue sagrada. Hoy sólo quedan vestigios de esas existencias consagradas a sus dioses protectores, tanto en los objetos antiguos como en la memoria viva de sus descendientes. Hablaban lenguas que los distinguían entre sí. Algunos preferían habitar nuestros campos, la pradera abierta, la costa de los ríos, la orilla del mar, las altas montañas o las selvas espesas, porque allí sus abuelos, les habían enseñado cómo vivir. Ese conocimiento aprendido de generación en generación, los convirtió a unos y a otros en gente especializada en cada ambiente, con sus riquezas y desafíos.

Cada pueblo contaba historias diferentes sobre el origen de lo existente: padres creadores representados como personas o jaguares hicieron al sol o la luna, las lluvias y a todo lo visible e invisible. También imaginaban, como nosotros, qué pasaría con ellos al morir y dedicaban su vida a agradar a los dioses responsables de su suerte terrenal y eterna. Para mantenerlos satisfechos, particularmente cuando alguno de ellos moría, ofrecían regalos adecuados al temperamento divino: vapores perfumados, sacrificios, piedras y animales sagrados, polvos coloreados y el espectáculo de sus adoradores engalanados especialmente en ritual y oración. También les obsequiaban líquidos virtuosos como sangre, miel o licores que obtenían fermentando diferentes plantas.

Cada pueblo hacía las labores cotidianas a su modo, distinguiéndose de los demás: al cocinar, al decorar la cerámica, al pintar sus cuerpos, al peinarse o al diseñar sus ropas, al fabricar sus viviendas o sus canoas. Cada uno vivía su vida y se preparaba para su muerte propiciando en ambos casos, el favor de los dioses.

El nombre compartido por los integrantes de un pueblo (charrúas, guenoas, arachanes, chaná, guayanás, lules, pampas, mayas, aztecas, incas, guaraníes, etc.) aludía a su primacía y personalidad ante los demás pueblos.

La Patagonia, la Pampa, el Chaco, las estribaciones andinas, el Planalto de Brasil y los campos del actual territorio uruguayo forman un amplio espacio interconectado por su geografía, fauna y flora y también por las largas caminatas de los seres humanos que aquí llegaron para quedarse.

A lo largo de los siglos, caminantes y canoeros, trepando las más altas montañas o buceando en lo profundo de los océanos buscando hermosos caracoles, poblaron y nombraron a estos lugares, intercambiaron entre sí noticias y conocimientos, comerciaron o guerrearon, humanizando este territorio. Los arqueólogos llaman hoy a esta amplia región “Cuenca del Río de la Plata”

MISTERIOSOS PUEBLOS DE CONSTRUCTORES Y AGRICULTORES

Los indígenas del territorio uruguayo no fueron sólo recolectores y nómades cuando llegaron los europeos. También plantaron, cosecharon y vivieron en aldeas, desde hacía por lo menos 5.000 años.

La Cuenca de la Laguna Merín es un territorio de tierras bajas y salpicadas de lagunas, esteros y bañados. Estuvo habitada por pueblos constructores de los llamados “cerritos de indios”. No sabemos hoy cómo llamaban los pueblos aborígenes a estas construcciones de arquitectura monticular, similares por su forma a las primeras y antiguas pirámides de tierra. Los “cerritos” contienen enterramientos humanos.

Casas y plazas junto al cerrito daban forma al espacio. Aislados, o formando grupos muy numerosos, modificaron el paisaje creándose una nueva relación entre la tierra, los hombres, el tiempo y los sueños. Las manos humanas amasaron el cielo y la tierra con su propio sudor y con ese barro incomparable remodelaron el mundo. Eso es arquitectura y cuando se practica, el mundo se hace habitable sellando una alianza entre el paisaje y los constructores.

Los “cerritos” se elevan desde un basamento realizado por los iniciadores de la obra miles de años antes. Su volumen crece en cada generación y consiste en relleno de escombros y materiales sueltos del entorno. Mantuvieron la forma y la técnica de realización durante cientos de generaciones.

Las aldeas tienen uno o más “cerritos”. Aunque invisibles a los ojos, todos conocían las historias de su contenido enterrado, desde cuando se elevaron, hacía ya siglos. Cobijaban bajo tierra los cuerpos de grandes sabios, cabezas cortadas al enemigo en duras batallas, los restos mortales de hábiles cazadores acompañados por su perro fiel o a una familia prestigiosa que tal vez tuvo un trágico fin...

En el presente los muertos y los vivos no conviven. En las afueras de pueblos y ciudades se construyen cementerios escondidos tras altos muros. Antes del cristianismo no era así en América. Las almas sagradas de los difuntos continuaban inspirando, acompañando y protegiendo a sus hijos y nietos, en esa ruda tarea cotidiana que es la vida, desde sus huesos o cenizas colocadas cerca o bajo las casas o desde los espacios de encuentro y celebración. Su compañía protectora lejos de producir temor como sucede ahora, daba paz y seguridad a los vivos. En lugar del olvido y el cambio, se cultivaba la cultura del recuerdo y la imitación del pasado.

El nivel del suelo elevado, hizo habitable terrenos de esteros y bañados que hoy ya no existen. Su suelo fértil pudo ser una parcela de uso agrícola. El maíz, las calabazas y los porotos que cultivaban estos aldeanos debieron adaptarse a estas latitudes.

La altura, perfil y orientación, hacen de cada “cerrito” un faro para los caminantes y un símbolo de prestigio y distinción para las aldeas. Esos túmulos fueron creciendo en altura y diámetro y con cada jornada colectiva de construcción, el terraplén en la cumbre se hacía más imponente, amplio y seguro para alojar al poblado en caso de inundación.

Esas áreas inundables de la Cuenca, fueron densamente pobladas por variadas especies animales y vegetales. Su habitabilidad exigió el desarrollo de esta compleja urbanización extendida que comunicara los diversos ambientes habitados. Los 5.000 años de experiencia y especialización en nuestro suelo, hicieron de sus habitantes, expertos conocedores en ingeniería hidráulica y en reconstrucción del relieve.

Los “cerritos” se suman hoy al paisaje natural como un rebaño disperso de gigantes dormidos. Sus cuerpos minerales son como las vértebras desparramadas que articulan una osamenta mayor. Esto queda de ellos. Ningún cronista los describe habitados. ¿Qué les sucedió?... Con la Conquista todo cambió irreversiblemente.

INDÍGENAS MISIONEROS

El encuentro entre el mundo aborígen y el mundo europeo ocurrido en estas tierras en el siglo XVI cambia para siempre la vida en estas tierras.

Como una de las múltiples empresas de conquista, colonización y evangelización, entre los siglos XVII y XVIII, la Compañía de Jesús ensaya con las Misiones, la realización de una utopía religiosa, cultural y económica que alcanzó una sorprendente influencia en la región.

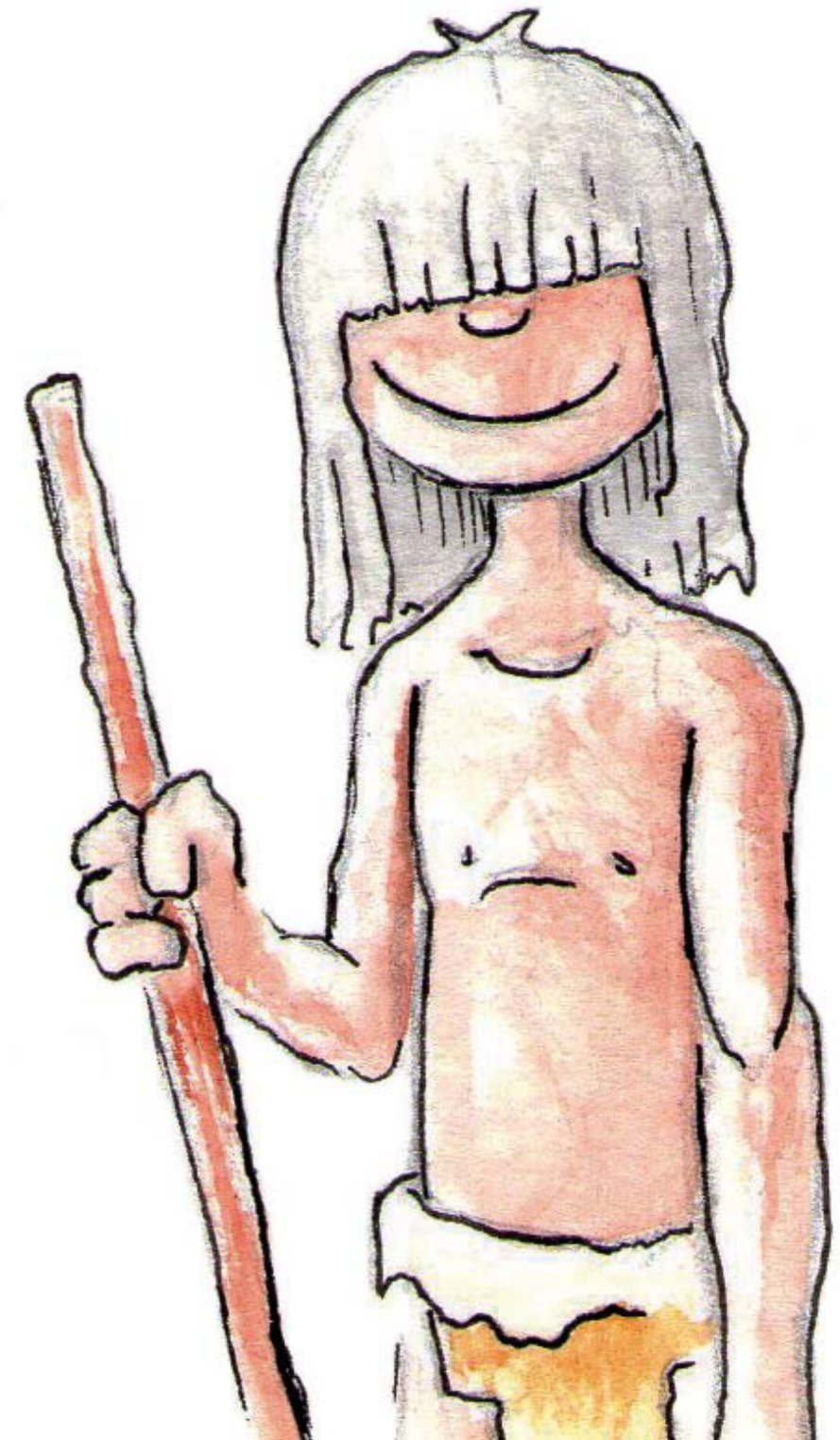
La convivencia entre los jesuitas y los indígenas, a veces amistoso y otras veces conflictivo, generó una modalidad especial y única de fusión social y cultural. Los intercambios entre esos hombres selváticos adoradores de su Creador que buscan con su guía la Tierra sin Mal, con los sacerdotes jesuitas, cristianos y renacentistas, alcanzaron un sorprendente impacto y perdurabilidad.

Los habitantes de estos campos, acosados por la posesión de la enorme riqueza de la Vaquería del Mar, fueron impactados íntima e irreversiblemente por esta empresa misionera que desbordó hacia todos los grupos de pobladores indígenas. La convivencia entre ellos y los curas misioneros durante unas pocas generaciones, durante su llegada y expulsión, genera una nueva cultura indígena-misionera en cuyo seno se modelan luego los gauchos y la población mestiza que habitaba y forjaba una nación.

Lo único estable en la vida de los pueblos, es el cambio.

Lee libros y usa tu “ceibalita”!!

Los cuentos fantasean, sin embargo, llevan mucha información. Esos datos fueron producidos con el trabajo de arqueólogos, paleontólogos y otros investigadores del pasado indígena. Si quieres saber acerca de los primeros pobladores del territorio uruguayo busca libros y publicaciones, también puedes acceder a internet.



Fe de Erratas

Errores dactilográficos:

- página 15 línea 5: “mueso” debía decir **museo**
- página 35 línea 1: “trasbajan” debía decir **trabajan**
- página 39 línea 16: “debén” debía decir **deben**
- página 44 línea 11: “etornar” debía decir **retornar**
- página 66 línea 12: “dónde” debía decir **donde**
- página 79 línea 21: “mundos” debía decir **mun**